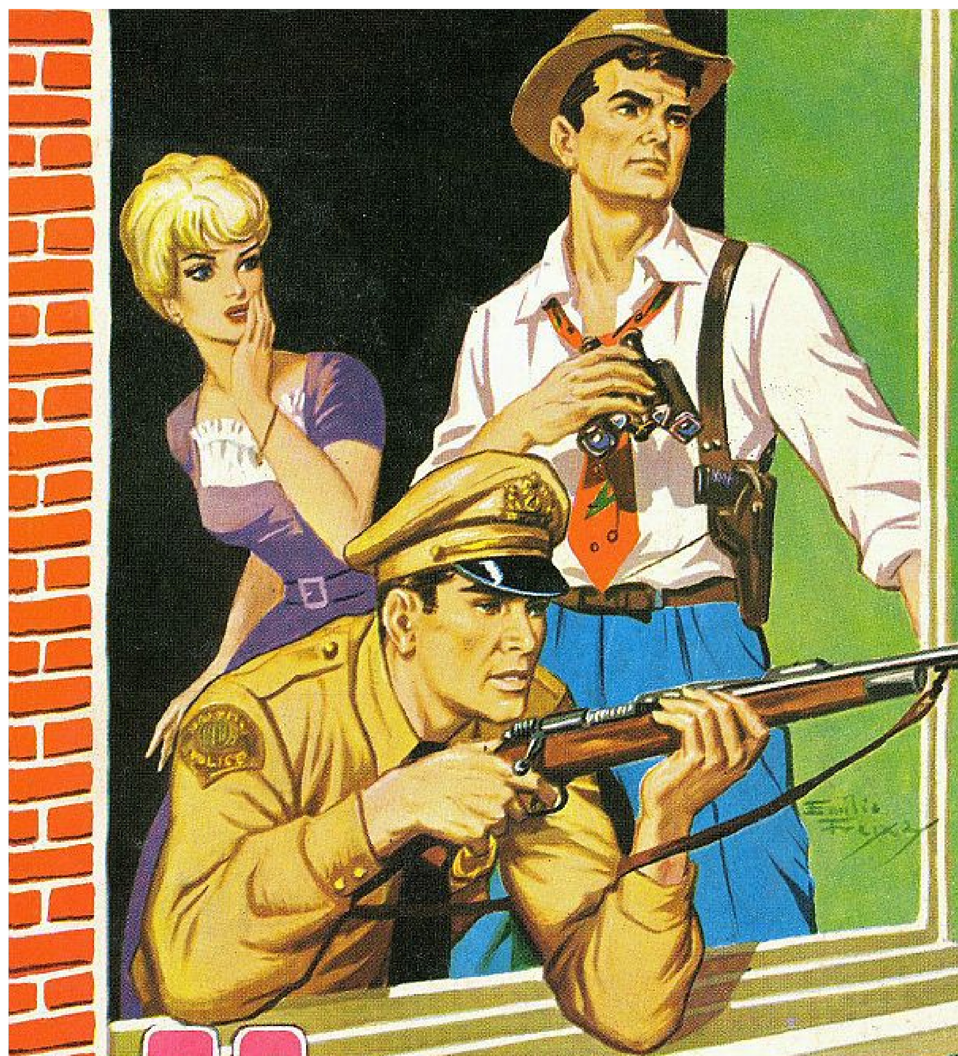


SS

SERVICIO SECRETO

CLARK CARRADOS

RADIACION

Tuvimos la primera pista de que iba a ocurrir algo muy gordo cuando el agente Juan Sánchez detuvo a Mickey «El Chinche» con una pesada maleta en la mano, cuyo origen no pudo explicar de manera satisfactoria.

Mickey «El Chinche» es un vagabundo cuyo historial está lleno de arrestos y condenas por todos los motivos, excepto violación y asesinato. En Palmer Springs le conocemos todos tanto como a nuestro respetable papaíto, de modo que cuando Sánchez lo vio con aquella maleta en la mano, de la cual no era el dueño, pese a lo que pudiera jurar en contrario, lo metió en su coche y, tras haberlo sujetado a la manija de la portezuela con las esposas, lo trajo a la Jefatura.

Una vez con nosotros, empezamos a levantar el atestado, cosa de la que se encargó el sargento Madison. Estaba delante el marido de mi hermana Mary, Lear Marlin, un científico atómico que trabaja en una de esas bases atómicas que no se pueden nombrar tan siquiera, pues se hallaba de vacaciones y le gustaba venirse de vez en cuando a mi despacho para presenciar un poco el rutinario funcionamiento de los métodos policiales.



Clark Carrados

Radiación

Bolsilibros - Servicio Secreto - 587

ePub r1.0

LDS 19.09.17

Título original: *Radiación*
Clark Carrados, 1961
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





Clark Carrados

Radiación

1ª. EDICIÓN

NOVIEMBRE - 1961

EDITORIAL  BRUGUERA

Proyecto, 2-T. 284453 BARCELONA (6)

RADIACIÓN



POR

CLARK CARRADOS

CAPÍTULO PRIMERO

Tuvimos la primera pista de que iba a ocurrir algo muy gordo cuando el agente Juan Sánchez detuvo a Mickey «El Chinche» con una pesada maleta en la mano, cuyo origen no pudo explicar de manera satisfactoria.

Mickey «El Chinche» es un vagabundo cuyo historial está lleno de arrestos y condenas por todos los motivos, excepto violación y asesinato. En Palmer Springs le conocemos todos tanto como a nuestro respetable papaíto, de modo que cuando Sánchez lo vio con aquella maleta en la mano, de la cual no era el dueño, pese a lo que pudiera jurar en contrario, lo metió en su coche y, tras haberlo sujetado a la manija de la portezuela con las esposas, lo trajo a la Jefatura.

Una vez con nosotros, empezamos a levantar el atestado, cosa de la que se encargó el sargento Madison. Estaba delante el marido de mi hermana Mary, Lear Marlin, un científico atómico que trabaja en una de esas bases atómicas que no se pueden nombrar tan siquiera, pues se hallaba de vacaciones y le gustaba venirse de vez en cuando a mi despacho para presenciar un poco el rutinario funcionamiento de los métodos policiales.

En realidad, no nos extrañó que «El Chinche» hubiese «afanado» la maleta. Lo que nos preocupó fue que se hubiese apoderado de un trasto vacío, por el cual un ropavejero no le hubiera dado más allá de veinticinco centavos. Pero aun para obtener cinco, «El Chinche» se la hubiera robado al mismísimo embajador de Persia, cuanto más a algún indefenso ciudadano que la tendría guardada sin duda en la trasera de su coche.

La cosa amenazaba, pues, en convertirse en un caso de rutina. La maleta estaba un poco pringosa, y era por ello quizá que el agente

Sánchez no había querido molestarse en tocarla tan siquiera. «El Chinche» cargó con el objeto y entró en el puesto de guardia. Lear y yo estábamos charlando en pie, a la puerta de mi despacho, que da a la parte trasera del estrado donde se sienta el sargento de guardia para escribir y tomar declaración.

Lear y yo vimos entrar a «El Chinche» seguido de Sánchez, el cual llevaba al maleante atraillado corro si fuera un perro furioso. «El Chinche» parecía abrumado bajo el peso de la maleta, y casi no podía sostenerla con sólo la mano izquierda.

Hubo los saludos —y los insultos— de rigor. Madison y «El Chinche» se dijeron unas cuantas lindezas como cada vez que se veían —y al fin se dio comienzo a la labor.

—¿Dónde encontraste esa maleta, «Chinche»? Y no me digas que no quieres hablar hasta que venga tu abogado, porque te partiré la boca —dijo el sargento.

—¡Qué casualidad! —exclamó el maleante con sarcasmo—. Ha adivinado usted precisamente lo que iba a decir. Esperaré a que venga mi abogado.

—Sí, vendrá Dixon expresamente desde California para defenderte —dijo el sargento con la misma amabilidad. Miró al agente—. Sánchez, ¿dónde encontró usted a este deleznable espécimen de la raza humana?

—Al final de la Cuarta Avenida, señor —dijo el interpelado—. Lo vi salir detrás de unos jardines con la maleta en la mano… Casi no podía con ella. Entonces le eché el guante y me lo traje para acá.

—¿Ha visto lo que contiene la maleta, agente?

—No, señor; únicamente pude darme cuenta de que es terriblemente pesada. Además de que está sucia, no quise abrirla, para que este piojo no pudiera inculparme luego de sabe Dios qué deshonestidad.

—Hizo bien, agente —manifestó Madison entre dientes—. Bueno, «Chinche», parece ser que la maleta no es tuya. ¿Acaso te ibas a Miami a pasar el verano?

—No, me dirigía a Las Vegas a gastarme los dos millones en billetes que hay dentro —contestó el fulano con toda frescura. Le hacía falta un barbero, un bañó y un sastre, como de costumbre.

Afortunadamente, Madison la tenía paciente aquel día; de otro modo no sé cómo diablos habría acabado la cosa.

—Está bien; Sánchez, abra la maleta. Veamos el tesoro de Alí Babá. —Luego se volvió hacia mí—. Es raro que no hayan llamado ya denunciando su desaparición.

Hice un gesto de aquiescencia. Sánchez tomó la maleta, mediría unos sesenta centímetros de largo, por cuarenta de ancho y casi otro tanto de grueso, y la depositó con enorme esfuerzo sobre una mesa contigua al estrado. Fruncí el ceño extrañado; Sánchez había seguido un curso de fuerza física por correspondencia, y estaba muy orgulloso de sus bíceps. Aquella maleta pesaba al menos sesenta o setenta kilos, cosa que no se compaginaba con su relativa pequeñez.

—¡Diablos! —exclamó el agente al terminar su labor. El día se anunciaba caluroso; con todo, no era trabajo para abrillantar la frente con el simple gesto de levantar la maleta hasta la mesa, Y la frente de Sánchez estaba inundada de sudor.

—Me parece que esta vez te la ganas, «Chinche» —anunció Madison, impasible—. Ábrala ya, agente.

—Sí, señor.

Sánchez obedeció. Mientras lo hacía, estudié por unos instantes el rostro de «El Chinche». La faz del maleante expresaba a la vez curiosidad y decepción; curiosidad por saber lo que había dentro de una maleta tan pesada, y decepción por saber que no podría aprovecharse de su contenido.

La maleta fue abierta por fin. Entonces vimos que estaba vacía.

Durante unos instantes, reinó en la estancia un espeso silencio. Incluso el agente que estaba de guardia unos pasos más allá en la centralita telefónica, abrió una boca como la rueda de una galera Conestoga.

El puño de Madison quebró el silencio. La madera de la mesa crujió amenazando convertirse en astillas.

—¿Qué infernal broma es ésta, «Chinche»? ¿Es que te has creído que hoy es el día de Inocentes?

El vagabundo parecía tan asombrado como nosotros. Miró la maleta, me miró a mí y luego volvió sus ojillos hacia Madison.

—¡Sargento! Cuando su agente me atrapó, aún no había tenido tiempo de abrirla. Le juro que no había hecho más que atraparla…

Extrañado, me acerqué a la mesa. Examiné la maleta atentamente, advirtiendo que parecía forrada de metal por todo su interior. Así, a primera vista, no podía saberse qué clase de metal

era, pero sí podía calcularse, por la diferencia entre las dimensiones interiores y exteriores, que el grueso de aquel forro era de dos centímetros al menos.

Mi cuñado se acercó también. Nos miramos en silencio.

—Bueno —dijo Madison al fin—, eso es metal. Chuck, «El Randa», te habría dado por ello un par de dólares, ¿no?

—Quizá —admitió «El Chinche», un tanto ambiguamente.

De pronto, Lear sacó una navajita de su bolsillo, y después de abrirla, empezó a hurgar con el metal, del que arrancó segundos más tarde un par de virutas que brillaban como si fuera de plata.

Lear tomó aquellas virutas con dos dedos y las examinó al trasluz. Luego, muy pensativo, yo diría que incluso pálido, me agarró por el brazo y me llevó a un lado del cuarto.

—Burl, eso es plomo —dijo misteriosamente.

—Ya me lo parecía a mí —contesté en el mismo tono—. Pero ¿qué diablos…?

—Hay más todavía. Es plomo Ultra-P. ¿Sabes para qué se emplea?

—No tengo la menor noción. Sólo soy un pobre e iletrado teniente de policía, no un brillante científico como tú.

—Es una nueva aleación de plomo recién descubierta. Aparentemente, el Ultra-P no se distingue en nada del plomo común. Pero posee una cualidad excepcional; radiaciones con un espesor de la cuarta parte de lo que se necesita habitualmente en estos casos.

—¿Y…? —murmuré.

—Sus propiedades duran alrededor de cuarenta y ocho horas, más o menos. En las cuatro primeras, un espesor de dos centímetros de Ultra-P detiene *absolutamente* toda radiación. Después va permeabilizándose, pero aún así deja escapar mucha menos radiación de lo que permitiría un espesor de plomo de ocho o diez centímetros. Al cabo de cuarenta y ocho horas, las radiaciones han influido en su masa, y el Ultra-P se convierte de nuevo en plomo común. Este descubrimiento es la base de unos ensayos que se están haciendo para construir blindajes más delgados y, por lo tanto, menos pesados. Sabes de sobra que uno de los principales inconvenientes de la energía nuclear es el blindaje que impide el paso de las emanaciones del material escindible, para evitar la

contaminación radioactiva de las personas y objetos.

—Empiezo a darme cuenta. Vuestro interés estriba en hallar una protección lo más liviana posible, y, al mismo tiempo, lo más efectiva posible.

—Justamente. El Ultra-P es el primer paso. Un día lo conseguiremos. ¿Cuándo? ¿Hoy? ¿Dentro de un año?

No se sabe. Sin embargo, el hallazgo de ese isótopo del plomo es un avance fundamental para la protección antirradiactiva.

—Bien. —Me acaricié la mandíbula—. Sin embargo, lo que no comprendo es por qué diablos está forrada esa maleta de Ultra-P.

—Pero ¿es que no se te ha ocurrido tan siquiera? Utilizamos el Ultra-P para el transporte rápido de elementos radiactivos. Ahorramos, tiempo, espacio y trabajo.

—De acuerdo. Pero no me vas a decir que «El Chinche» trabaja con vosotros, ¿verdad?

—Por supuesto. Ahora bien, ¿qué es lo que significa una maleta forrada de Ultra-P?

Sentí de pronto un leve malestar en el estómago.

—Transporte de material escindible —dije.

—Exactamente. Y si esa maleta ha servido para transportar algún fragmento de material radiactivo, significa que está contaminada.

—¿Con… ta… mi… na… da…? —tartamudeé.

La mano de mi cuñado se clavó en mi brazo.

—Dame un coche de la Policía —dijo—. Dame un coche; te contestaré con toda seguridad dentro de diez minutos.

Empecé a comprender que allí estaba ocurriendo algo muy serio. Grité:

—¡Sánchez! ¡Tome su patrullero y vaya con el profesor Marlin adonde éste le indique! ¡Pronto!

Los dos hombres salieron de la comisaría como alma que lleva el diablo. Madison me miró atónito.

—¿Señor?

Extendí la mano hacia «El Chinche».

—¡Encierren a este hombre, pronto! —aullé.

El maleante intentó protestar. Pero uno de los guardias le agarró por el cuello y los fondillos y se lo llevó a los subsótanos donde están instalados los calabozos. Los gritos de «El Chinche» se oyeron

largo rato hasta que fueron cortados de repente por un seco golpe.

El policía subió momentos después, con el rostro congestionado, chupándose los nudillos de la mano derecha. Me miró, pero no le dije nada.

Volví mis ojos hacia la fatídica maleta. Decenas de historias sobre hombres afectados por la radiactividad acudieron inmediatamente a mi memoria. Miembros amputados, hígados pulverizados por las ponzoñosas emanaciones nucleares, glóbulos rojos disueltos como terrones de azúcar… Todo el aparato de la enfermedad atómica desfiló por mi imaginación en cortos segundos.

Prendí un cigarrillo con mano temblorosa. El sargento Madison miraba también con ojos fascinados la infernal maleta. El otro guardia nos miraba a los dos alternativamente, con la extrañeza retratada en su habitualmente impasible rostro. En el ángulo opuesto, el telefonista atendía las llamadas de modo rutinario.

Lear Marlin vino un cuarto de hora más tarde, seguido por el agente Sánchez. Mi cuñado traía un extraño paquete en la mano, que desenvolvió con dedos nerviosos, dejando al descubierto un raro artefacto.

—Es un contador Geiger —dijo. Dio media vuelta al interruptor.

La estancia se llenó al instante de un sonido extraño, una especie de chirrido seco y desagradable. La aguja indicadora de la esferilla detectora se movió alocadamente.

Lear me miró, con el rostro más blanco que el papel.

—Burl —dijo—, esa maleta está *ardiendo.*

Los científicos nucleares suelen emplear un lenguaje muy particular para sus trabajos. Dicen que una cosa está *caliente* cuando está empapada de radiactividad, pero aquella maleta debía estar muy infectada cuando mi cuñado empleaba aquella expresión. Ardiendo es siempre más que caliente… y si la maleta *ardía…*

Tragué saliva con dificultad. Luego barboté:

—¡Entonces, lo que debemos hacer es sacarla de aquí cuanto antes! ¿No corremos peligro de contaminación por haber estado tanto tiempo expuestos a las radiaciones?

—No, ha sido un tiempo mínimo y, además, la infección es secundaria. Ahora bien, si permaneciésemos un día o más cerca de la maleta, podríamos tener motivos de alarma. Es evidente —añadió— que el Ultra-P ha estado en contacto con algún fragmento de

material fisionable. Me gustaría estar en mi laboratorio para saber cuánto tiempo.

—A mí lo que me gustaría es largar esa maldita maleta de aquí cuanto antes —estallé—. ¡Y lo voy a hacer ahora mismo, Lear!

—¡No, Burl! —La mano de mi cuñado me detuvo la acción. Me miró con fijeza—. Antes de tirar esa maleta es preciso saber primero quién la ha utilizado y con qué fines.

—¡Cómo! ¿Supones —dije, adivinando sus pensamientos— que alguien ha substraído materiales radiactivos de algún laboratorio atómico?

Antes de que me pudiera contestar, el telefonista me llamó.

—¡Teniente! ¡Una llamada urgente de la WNBX!

La WNBX es la emisora local de TV. Andaban siempre a la busca y captura, de reportajes sensacionales, cosa de la cual no estaban muy sobrados, dada la habitual tranquilidad que solemos gozar en Palmer Springs.

—Dígales que en este momento no tengo nada que comunicarles —respondí malhumorado. Traté de reanudar la conversación con mi cuñado, pero el telefonista insistió de nuevo.

—Teniente, dicen que es muy urgente.

—Está bien —mascullé—. ¿De qué se trata?

—Un loco. Ha llamado a la emisora y amenaza con volar la ciudad si no se atiende una petición suya. Dice que tiene una bomba atómica y…

CAPÍTULO II

A partir de aquel momento, los acontecimientos se precipitaron con ritmo cinematográfico.

En circunstancias normales, apenas si habríamos hecho caso de aquel aviso de la MNBX. Hubiera enviado un par de agentes a efectuar una investigación de rutina y eso habría sido todo; una broma de mal gusto o el ánimo de algún tipo hecho pedazos por la tensión de su trabajo o de las contrariedades familiares. Pero ahora ya no se trataba de un caso semejante, sino de algo mucho más serio. Y de recordárnoslo se encargó el «Geiger», cuyo continuo *¡chrurrll… brulcckll…!* crispaba los nervios al más flemático.

Inmediatamente agarré el teléfono más cercano.

—Póngame con la WNBX, pronto —ordené perentoriamente.

El telefonista obedeció en el acto. La comunicación no tardó cinco segundos en ser establecida.

—¿WNBX? Aquí el teniente Fox… Quiero hablar con Bill Quash… —Esperé unos momentos pegando golpecitos sobre la maleta con la mano hasta que me di cuenta y me aparté de ella todo lo que dio de sí el hilo del teléfono. Lear escuchaba por un hilo supletorio—. ¡Bill, soy el teniente Fox! ¡Escúcheme! ¿Qué endiablada tontería es ésa de que hay un tipo chiflado que quiere hacer volar la ciudad con una bomba atómica? ¿Están en combinación con alguna fábrica de sedantes?

—Es la pura verdad —me respondió la voz del jefe de programas de la emisora de TV—. Hemos recibido el aviso hace unos momentos. El tipo llamó directamente aquí para que lo diéramos en nuestro próximo boletín de noticias…

—¡Boletín de noticias! ¿Supongo que no transmitirá semejante insensatez?

—¿Por qué no? El público está ansioso de novedades. El tipo debe estar como una regadera, pero ello no impide que yo de a la gente lo que quiere. La gente desea novedad, variación… Ya sé que es mentira lo de la bomba atómica, pero no deja de ser interesante…

—Va a correr usted el ridículo más grande de su vida, Bill —dije, tratando de mantener en secreto la historia. ¡Santo Dios! Si la gente de Palmer Springs se enteraba, no habría bastante espacio para contener la riada de gente que huiría en loca estampida—. Ni hay loco ni diablos en traje de faena. Bill, exactamente, ¿qué ha dicho ese chiflado?

—Tengo aquí una copia taquigráfica de su mensaje —contestó el director de la WNBX—. Escuche, teniente: Deseo que transmitan en su próxima emisión el siguiente aviso: La señorita Sweetie Randall y el llamado Gene Curland se presentarán en mi casa, Avenida Cuarta, *851*, antes de dos horas. De lo contrario, la ciudad de Palmer Springs será arrasada por la explosión de una bomba atómica. Firmado: Shem Loganion. *Oiga, teniente, ¿quién diablos es ese Shem Loganion? ¿Lo conoce usted?*

—No, pero puedo decirle una cosa, Bill. Le prohíbo formalmente toda noticia acerca de esa bomba…

—Está loco, teniente —contestó Quash—. Ya he enviado un reportero allí para investigar. Si la cosa merece la pena, enviaré la emisora móvil y haremos el reportaje más grande de todos los tiempos.

—Sí —contesté, aullando de furor—, y usted y la emisora móvil irán a cocerse con Satanás antes de que pueda enterarse de lo que sucede. No lo haga o tendrá que lamentarlo, Bill.

Y colgué.

Miré a mi cuñado Lear. Éste había escuchado el diálogo por un supletorio y tenía el rostro del color de la ceniza.

—¡Shem Loganion! —exclamó—. Trabaja conmigo… en mi mismo laboratorio.

—Luego, puede construirse la bomba atómica.

—Claro que sí. Y hacerla estallar además. —El tono de mi cuñado era de absoluta firmeza.

—Teniente —dijo Madison—, ¿quiere decir… que hay un tipo que maneja las bombas atómicas como mi mujer la sartén por la

mañana?

—Así es, sargento —dijo Lear—. Y ahora nuestro deber es impedir que lleve a cabo tamaña insensatez. Tenemos que impedírselo, o Palmer Springs quedará borrada del mapa, igual que les pasó a Hiroshima y Nagasaki.

Sentí que el sudor me corría de repente en espesos arroyos por la espalda. Antes de que pudiera hacer nada, el teléfono sonó nuevamente.

—Teniente —dijo el operador—, malas noticias. Un individuo ha disparado contra dos agentes de la policía, matando a uno e hiriendo al otro. Ha sido en el 851 de la Avenida Cuarta…

Entonces fue cuando empecé a disparar órdenes.

—Sargento, que todo el mundo disponible se prepare para salir hacia dónde está ese chiflado. —Me acerqué al plano de la ciudad y lo examiné atentamente—. Dos coches se situarán en la parte sur, impidiendo que nadie se acerque a la casa a menos de… ¿cuántos metros, Lear?

—Las pistolas de Loganion tienen la palabra —dijo mi cuñado sombríamente—. Personalmente, no me acercaría a menos de doscientos metros. La radiación, ¿sabes?

—Sí, conforme, gracias. Sargento, un coche a la calle Manassas. Otro en el cruce de la misma y Clarnson. Yo me encargaré personalmente de la fachada. ¡Aprisa…! Envíe un hombre a la WNBX y prohíba que transmitan toda noticia acerca del chiflado ese y de su bomba atómica de bolsillo. Seguridad nacional y demás, ¿me comprende? Avise también a los bomberos, puede que necesitemos su ayuda. Ambulancias, médicos, movilice a todo el mundo.

Me volví hacia mi cuñado.

—¿Querrás acompañarme?

—Por supuesto. Es más, iba a pedírtelo si tú no hubieras hecho el ofrecimiento.

—En estos momentos necesito mucho de un cerebro como el tuyo, Lear. ¡Vámonos!

Antes de llegar a la puerta, me volví para impartir otra orden al sargento.

—Madison, envíe dos hombres. Uno deberá echar mano a Sweetie Randall y llevarla a mi presencia ante el 851 de la Avenida Cuarta. El otro me traerá a Gene Curland.

—¡Gene Curland! —exclamó el sargento, bastante sorprendido.

—Sí —dije, enseñándole los dientes—. Gene Curland. Y aprisita o haré que le envíen a usted a patrullar por las carreteras. En un caso así se olvida la… amistad, ¿me comprende lo que quiero decirle?

Madison comprendió. Su rostro se puso del color de la langosta cocida. Era muy amigo de Curland… Todo lo amigo que uno puede ser de un tipo que nos pasa cien o más dólares semanales por hacer la visto gorda en más de una ocasión. Y Madison no era el único pez enredado en las mallas de Curland.

Salimos. Un coche nos esperaba a la puerta de Jefatura. Lo conducía el agente Olsen, un tipo duro y resuelto. Sánchez estaba a su lado, provisto de una «Thompson» 45. Arrancamos como un *Sabre*, dejando a nuestro paso la espesa estela de un sirenazo continuo.

El coche pasó como un meteoro por la calle Franklin, dobló en dos ruedas por la de Saratoga y siguió adelante hasta encontrarse en la de Manassas. Otro viraje y enfilamos la Avenida Cuarta, a cuyo final se encontraba el número 851.

Antes de llegar allí advertimos ya la agitación que había causado el tiroteo. La sirena apartó a muchos curiosos a un lado. El «Geiger» que había llevado consigo Lear y que había permanecido silencioso después de salir de la Jefatura, empezó a acusar los impactos de las radiaciones.

Salté del coche aún antes de que Olsen lo hubiera detenido. Lear me siguió con el «Geiger» chirriando en las manos.

—¡Fuera! —grité—. Lárguese todo el mundo de aquí. No quiero ver a nadie por estos alrededores. Permanecer aquí es peligroso para todos.

La gente empezó a dispersarse de mala gana. Establecí un cordón de seguridad y luego miré hacia el 851.

Lo primero que vi fue el cuerpo tendido de mi agente en mitad del caminejo que accedía a la casa. Algo rojo brillante manchaba el suelo debajo de su cuerpo y su mano derecha se tendía patéticamente hacia adelante en un inútil gesto de querer alcanzar el revólver que se le había caído al recibir el disparo fatídico.

—¿Dónde está el otro agente? —pregunté.

—Aquí, señor —dijo una voz—. Me volví; el hombre estaba

pálido y tenía el brazo derecho en cabestrillo, pero, fuera de eso, no parecía haber sufrido graves daños.

—Relate lo que sucedió, agente —ordené.

—No hay mucho que contar, señor. Mi compañero… —La voz del muchacho se estranguló al recordar el mal rato que acababa de pasar viendo morir a su pareja—. Mi compañero y yo vimos a Eddie Wolsey que se dirigía hacia la casa. Eddie nos dijo que había un loco peligroso encerrado y que quería hacer volar la ciudad con una bomba atómica. Entonces nos dirigimos a la casa para investigar y cuando ya estábamos a pocos metros de la puerta, el loco empezó a tirar contra nosotros. Mi compañero cayó al primer disparo. Yo retrocedí y le solté un par de tiros, pero él me alcanzó y bastante pude hacer que…

—Está bien —dije, interrumpiéndole—. ¿Con qué tiró?

—Rifle, señor. La detonación es inconfundible.

Miré de nuevo hacia la casa. Estaba situada sobre la cumbre de una pequeña elevación que se alzaba a unos veinte metros sobre el nivel de la avenida y a unos sesenta o setenta de ésta… Prácticamente, podía decirse que era la última casa de Palmer Springs por aquel lado y si contábamos la anchura de la avenida, deberíamos añadir otros cuarenta metros, lo cual hacía un total de cien. Al norte estaba la calle de Clarnson, a sesenta metros de la casa; Manassas al oeste, a una distancia más o menos parecida, y al sur ya no había nada más que el campo, porque se acababa la ciudad.

La casa era vieja, de fin de siglo; una antigua construcción de dos pisos, con techo picudo de pizarra gris, ya casi negra por el transcurso del tiempo. Su aspecto era feo y desagradable, y el descuido de la fachada indicaba claramente que no era habitada con frecuencia. Los terrenos que la circundaban pertenecían al mismo solar sobre el cual estaba edificada, formando una especie de jardín natural en el cual la vegetación crecía de un modo punto menos que selvático. Nadie se había esforzado jamás en comprar aquellos terrenos, debido precisamente a la colina sobre la que se asentaba la casa, la cual daba la sensación de ser un grano en la mejilla y que hubiera estropeado todos los planes de urbanización posibles, al hacer prohibitorio el precio de allanar aquella prominencia para poder edificar cómodamente.

—Bien —dije al cabo—, pero ese tipo no puede vigilar todas las ventanas a la vez. Mientras que unos le distraemos por un lado, los otros le atacaremos por la retaguardia, reduciéndole a la impotencia antes de que pueda hacer estallar su maldito artefacto. Lear, ¿crees tú que habrá demasiado peligro en acercarse a donde tiene su bomba?

—No, si los que vayan no permanecen mucho tiempo expuestos a las radiaciones. Si sólo se trata de echársele encima y esposarle, la cosa no ofrece el menor peligro.

—¿Y el material escindible?

—Tendremos que buscar protección para sus radiaciones. Luego está la casa, que quedará infectada.

Torcí el gesto. Esto ya me gustaba menos. Tener un foco de infección radiactiva en la ciudad, era motivo para tomar un par de aspirinas a diario durante mucho tiempo.

—Pero las radiaciones se disiparán por sí solas en un breve espacio de tiempo, tanto más breve cuanto menos esté el material escindible en el interior de la casa —añadió Lear, abriéndome una ligera rendija a la esperanza.

—Bueno —decreté—, ahora mismo voy a idear un plan para atacar a ese loco por la retaguardia. ¡Olsen, el teléfono!

El conductor sacó el aparato por la ventanilla del coche. En aquel momento, antes de que hubiera podido usar el radioteléfono, empezaron a ocurrir cosas.

Una de ellas fue la aparición de la emisora móvil de TV. Otra, la presencia del alcalde de la ciudad, *Mr.* Homer DeVryss. La tercera fue el bramido de un megáfono, cuyos sonidos llegaron claramente a nuestros tímpanos.

—*¡Atención a todo el mundo! ¡Habla Shem Loganion! ¡Han pasado ya diecisiete minutos desde que hice mi llamada a la WNBX! ¡Por lo tanto, sólo quedan ciento tres para que vuele la ciudad, si en ese plazo de tiempo no han acudido la señorita Randall y el señor Curland!*

CAPÍTULO III

La voz de Loganion pasó sobre nuestras cabezas como el ruido de un tifón tropical. Sus ecos tardaron bastante en disiparse y nosotros tardamos aún más en reaccionar.

Era evidente que el chiflado se había organizado bien. Incluso había montado un altavoz para poder comunicarse con nosotros, sin necesidad de abandonar el puesto de observación que indudablemente tenía montado.

La emisora de TV empezó a actuar. Era imposible ya retirarla, de modo que antes de cinco minutos, me imaginé, todos los vecinos de Palmer Springs estarían situados ávidamente ante las pantallas de sus receptores… Si es que no echaban a correr por todos los medios. Bill Quash debía creerse que era broma lo de la bomba; si hubiera visto la maleta, habría seguido con el camión emisora hasta llegar al Canal de Panamá, sin pararse en el camino.

El alcalde se me echó encima.

—Teniente, ese loco…

—Lo sé, señor DeVryss. Estoy tratando de pensar un medio de reducirle a la impotencia. Tenga usted en cuenta que dispone de un rifle y que ya ha matado a uno de mis hombres y herido a otro. No quiero que se produzcan más bajas, ¿me comprende?

Homer DeVryss era un tipo menudo, enteco, calvo casi por completo, pero muy aficionado al dinero y a los placeres que éste puede proporcionar. Era el perfecto tipo del político y del cabildero, y cuando uno pensaba en los trucos que había utilizado para escalar el puesto que ostentaba, sentía ganas de vomitar. Pero era mi jefe por la voluntad del pueblo que regía, y le debía respeto y obediencia.

—Tiene que apresar a ese loco cuanto antes, teniente —me urgió

DeVryss, secándose aprensivamente la calva con un pañuelo de seda —. Esto puede causar graves perjuicios a la ciudad. Ahora, precisamente, que estábamos encauzando el turismo comarcano…

¡Turismo comarcano! Bien sabía yo en qué consistía. Salas de fiestas, juego, chicas guapas y fáciles —fáciles con dinero, por supuesto— y ¿quién sabía si cosas aún peores? Todo esto había empezado a florecer a partir de la subida al poder de DeVryss y, naturalmente, si ese turismo fallaba, sus sanos ingresos se irían al cuerno.

—Está bien —dije—, haremos lo que podamos, señor alcalde. Pero creo que usted también podría colaborar.

—¿Cómo? ¿De qué manera, teniente?

—Vaya a ver al señor Curland y tráigaselo aquí cuanto antes. Ese loco —y señalé con la barbilla a la casa de pizarra— está deseando verle.

El rostro de DeVryss palideció.

—¿Cur… land? —murmuró.

—Ese mismo —contesté, y le volví la espalda—. Olsen, el teléfono.

Tomé el aparato. Llamé.

—¿Hickman?

—¿Señor? —Era el jefe de la patrulla situada directamente al otro lado de la casa.

—Escuche, vamos a ver si podemos distraer al loco por delante, por donde estoy yo. Entonces, ustedes penetrarán en la casa por la parte posterior y tratarán de reducirle a la impotencia, ¿estamos?

—Comprendido, señor.

—Han de tener mucho cuidado. Está armado con un rifle y ya ha matado a uno de los nuestros. No quiero más bajas y quiero, además, pescarle vivo. Esperen mi orden para actuar.

—Perfectamente, señor.

Devolví el aparato a Olsen. En aquel momento, un pelotón de técnicos de la TV empezaron a tender sus cables por el centro de la calzada, interponiéndose entre nosotros y la casa.

Lancé un bramido.

—¡Fuera de ahí! ¡Lárguense todos con su maldita emisora o los haré encerrar! ¿Es que no se han dado cuenta de que estamos delante de un loco peligroso que ya ha matado a un hombre?

Uno de los técnicos me miró como si el chiflado fuese yo.

—¡A mí qué me cuenta! —contestó abruptamente—. Yo sólo cumplo órdenes…

—¡Pues ahora va a cumplir las mías! —exploté—. ¡Sargento Nichols, saque a estos hombres y a su maldito camión de aquí! ¡Inmediatamente!

Nichols llamó a tres guardias y los técnicos retrocedieron. Entonces dije a Olsen:

—Averígüeme el número de teléfono de esa casa, quiero hablar con Loganion.

—Sí, señor.

El altoparlante rugió de nuevo.

—*¡Atención un momento! Quiero que me escuchen todos. Estoy percibiendo movimientos por detrás de mi casa. Quiero que sepan una cosa. Por muy rápidos que sean, yo lo seré más.*

Hubo una pausa estremecedora. Luego, el megáfono continuó:

—*He instalado un dispositivo de disparo a mano. Aunque tirasen contra mí, en el momento de caer yo funcionaría el detonador y se produciría la explosión. Lárguense todos. Dejen que hable con Sweetie Randall y con Gene Curland, o volará la ciudad.*

Sentí que los cabellos se me erizaban. Aquel tipo debía haberse enganchado un alambre a la muñeca, o algo por el estilo, de tal modo que, aun muriendo antes de explotar la bomba, su caída provocaría el disparo de la misma. Y todos nosotros nos iríamos a verle las narices a Satanás.

Volví el rostro hacia mi cuñado.

—Lear —dije con voz estrangulada—, ¿puede hacer eso?

—Teóricamente, sí. Y debes contar con que Loganion es uno de los mejores físicos del laboratorio donde yo trabajo.

—¡Pero… una bomba atómica de mano! —dije.

La voz de Olsen me distrajo por unos segundos.

—Teniente, me informan de la central que esa casa no dispone de teléfono.

Me pegué un puñetazo en lo alto del sombrero.

—Lo que nos faltaba —mascullé—. Diga que vengan técnicos o quién diablos sean y que nos monten un altoparlante para comunicarnos con Loganion. ¡Pronto, condenación! ¿Y qué hacen la señorita Randall y ese bastardo de Curland que no vienen?

¡Actívenles, diablos!

Observé que el público era cada vez más numeroso. Un emprendedor vendedor de refrescos instaló su carromato ambulante y empezó a forrarse con la venta de botellas y helados.

—¡Nichols! ¡Aparten la gente a cien metros de aquí o haré funcionar las mangas de los bomberos!

Olsen me dio otra noticia. No agradable, por supuesto.

—La Señorita Randall se niega en redondo a venir. Dice que no quiere ni oír hablar de Loganion.

—¡Que la traigan arrastrando por los cabellos! —vociferé—. ¿Es que no se da cuenta de que somos cuarenta mil tipos en la ciudad que podemos morir por el capricho de un chiflado?

—Sí, señor. Ah… otra comunicación, teniente. Gene Curland ha desaparecido y no se sabe dónde está.

Mi pobre sombrero sufrió la segunda abolladura de la mañana.

—¡Oh, no, Dios mío!

Una mano me alargó un cigarrillo encendido, cuyo humo aspiré con ansia.

—Gracias, Lear —dije. De repente le pregunté—: Oye, ¿crees de veras que Loganion ha podido montar esa bomba?

Mi cuñado se frotó pensativamente la mandíbula.

—Pues, sí —respondió, descorazonadamente—. Sobre todo, si ha conseguido el plutonio necesario y en la forma requerida.

—Explícate, te lo ruego.

—Seguramente debe tener dos fragmentos de plutonio. Juntos tienen un tamaño ligeramente superior al de una pelota de golf. Cada uno de ellos tiene forma de media esfera. La parte plana es absolutamente lisa y tan pulida como el mejor espejo. Separados son inofensivos, en el aspecto explosivo, se entiende. Ahora bien, en el momento en que los circuitos correspondientes entran en acción, lanzando uno contra otro con enorme potencia, de modo que las dos partes lisas entren en contacto total, entonces se alcanza la llamada masa crítica y se produce la reacción en cadena que origina la explosión nuclear.

—Pero Loganion no juntará los dos trozos de plutonio a mano.

—No, por supuesto. Lo más seguro es que se haya proporcionado un potente muelle que haga de disparador. El muelle tendrá un seguro que Loganion podrá quitar con un sencillo tirón de un

alambre o algo parecido. Entonces…

—Entonces, ¡paf! —exclamó sombríamente.

Vino un automóvil dotado de altavoces y micrófonos. Tomé este último y lancé una intimación.

—¡Loganion! ¡Soy el teniente Fox! ¡Deseo hablar con usted! ¡Contésteme, se lo ruego!

La respuesta se demoró unos segundos.

—*¿Qué es lo que quiere, teniente?*

—*Esperamos traer pronto a la señorita Randall*. —Y no le quise decir nada de Curland, por temor a provocar la catástrofe antes de tiempo.

—*Tiene que venir junio con ese canalla de Curland o, de lo contrario, dispararé la bomba. ¡Recuerden, han pasado cuarenta minutos; ya sólo quedan ochenta!*

El altoparlante calló. Sentí que el sudor corría a chorros por mi cuello. Hacía calor, pero de repente me pareció como si el termómetro marcase el doble.

Percibí clavadas en mí las miradas de numerosas personas. Nadie acababa de creerse que se tratara de una bomba atómica. Esto no es que sea frecuente, sino que no ha sucedido, que yo sepa, y la gente, claro, no se lo tomaba del todo en serio.

—¿Y si disparásemos contra él?

—No —contestó Lear—. Al caer al suelo, tiraría del alambre y soltaría el seguro.

—Entonces, tampoco podemos usar gases lacrimógenos.

—No, pero podemos hacer otra cosa.

—¿Qué, Lear? —inquirí anhelantemente—. Estaba ansioso de hallar una solución que me permitiese salir de aquel maldito atasco.

—Parlamentar con Loganion… personalmente.

—¡Personalmente!

—Sí. Iré yo mismo. Somos compañeros de trabajo. Estamos en el mismo laboratorio Nos conocemos desde hace años tal vez a mí quiera escucharme… y quizá pueda distraer su atención lo suficiente para desarmar la bomba.

Ahora noté frío.

—Puedes… fallar, Lear.

—No fallaré. Sé cómo se manejan esos cacharros. Trataré de distraerle con mi charla… No hace falta tampoco desarmar la

bomba, si la ha montado como me imagino. Puedo colocar un obstáculo entre las dos mitades de plutonio, un simple libro bastaría, de modo que, aunque él diese el tirón al alambre, los trozos de material escindible ya no podrían chocar y se evitaría la explosión. —Se chupó maquinalmente los nudillos, en tanto miraba a la casa—. Y todavía sé golpear, Burl.

—No me gusta, Lear —dije, pensando en mi hermana y sus tres niños—. ¿Qué haría Mary si se quedaba viuda de repente por el capricho de un maniático? ¿Qué diablos de culpa teníamos nosotros de que la Randall le hubiese plantado por Curland?

—Pero no veo otra solución, Burl —insistió mi cuñado—. Además, puedes dejarme un revólver. Si las cosas se ponen mal, siempre me queda el recurso de pegarle un tiro.

Vacilé unos momentos. No acababa de resolverme a hacer lo que me pedía mi cuñado. Era una solución viable, pero… el cadáver del policía seguía allí, ante nuestros ojos, sin que nadie hubiese osado dar un paso para rescatarlo.

En aquel momento, y antes de que adoptara una decisión, percibimos un fuerte revuelo cerca de la barrera que impedía el acceso al interior del recinto que habíamos establecido en torno a la casa. Una voz femenina chilló estridentemente.

—¡Déjeme pasar! —gritaba la mujer—. ¡Quiero Ver al jefe de las fuerzas policiales! ¡Es imperativo que lo vea cuanto antes!

De pronto, la barrera se rompió y una mujer corrió hacia nosotros, perseguida por un guardia cuya gorra se había quedado atrás.

—¡Eh, señorita! ¡Vuelva atrás! ¡Vuelva, no se puede pasar!

Lear respingó.

—¡Caramba! ¡Si es Jessica McDye!

—¿La conoces tú? —pregunté, un segundo antes de que un torbellino con faldas se nos echase encima.

—¡Oigan! —gritó la chica. Era joven y muy bonita—. ¿Quién es el jefe de todo esto? ¡Quiero hablar con él!

—Lo tiene usted delante, señorita McDye —dije, avanzando un paso hacia ella.

—¡Qué! ¿Me conoce usted?

—Acaban de decirme su nombre. —Señalé con el pulgar hacia mi cuñado—. Creo que la conoce a usted. Yo soy el teniente Fox.

¿Qué es lo que quiere de mí, señorita McDye?

Jessica McDye arrojó una rápida mirada hacia mi cuñado.

—¡Hola, profesor! ¡Me alegro de verle! —Luego se volvió hacia mí—. Teniente, déjeme pasar. Soy la secretaria de Loganion. Me he enterado por casualidad de lo que ocurre y quiero ayudarles… El me aprecia mucho… me hará caso y saldrá de ahí…; de lo contrario, hará estallar la bomba. Yo puedo evitarlo. Déjeme ir, teniente, por el amor de Dios… Además, tengo que darle un recado urgente…

Miré escrutadoramente a la muchacha. Era de mediana estatura, bien puesta de curvas y muy atractiva de rostro. Sus cabellos castaño rojizo caían alborotadamente sobre sus hombros, desprendido el lazo que los sujetaba en el forcejeo con el guardia. No tendría más allá de veinticinco o veintiséis años…, el ideal para un soltero de treinta y tres como un servidor de ustedes.

Extendí la mano hacia la casa.

—Mire hacia allí, señorita McDye —dije—. Hay ya un muerto. ¿Quiere usted hacer el número dos?

—No, por supuesto, pero el profesor Marlin sí parece aspirar a tan dudoso honor —manifestó ella sorprendentemente.

—¡Qué! —exclamé, atónito, en tanto volvía la cabeza.

Lear se había aprovechado de mi distracción y, pasando por entre medio de los coches policiales, se encaminaba hacia la casa de pizarra.

CAPÍTULO IV

Mi primer impulso fue agarrar el micrófono y llamarle por medio del altoparlante. Pero me arrepentí a renglón seguido, diciéndome que quizá el rugido del megáfono podía excitar aún más al chiflado y hacerle soltar tiros a diestro y siniestro. Era un cochino asunto aquél y se necesitaba mucha calma y discreción para manejarlo.

A mi lado, Jessica McDye se mordió los puños. El silencio era absoluto.

Lear continuó su avance tranquilamente. Ya había franqueado la avenida y se metía por el sendero de tierra hacia la casa.

En aquel momento, una cámara TV avanzó hacia mí. El comentarista se me echó encima con el micrófono en la mano, en tanto que el operador me enfocaba con el objetivo.

—… y ahora —decía el tipo—, vamos a interrogar al teniente Fox, seguros de que nos dará una valiosa información para los televidentes que están contemplándonos en nuestras pantallas. Teniente Fox, ¿cree usted sinceramente que ese loco está verdaderamente en condiciones de hacer volar la ciudad con una bomba atómica? ¿No será más bien una especie de cuento de *science-fiction* destinado a llamar la atención del público…?

Levanté la mano y le solté un directo a la mandíbula, que si lo agarra de lleno, le hace perder el sentido hasta el día del juicio. ¡Para cuentos fantástico-científicos estaba yo en aquellos momentos! ¡Y más con el marido de mi hermana jugándose el pellejo por todos nosotros gratuitamente!

De todas formas, el golpe le tocó en el hombro, haciéndole dar dos vueltas sobre sí mismo. Me imagino que los televidentes debieron reírse un rato. Pero el tipo, impasible, continuó:

—Ya han podido ustedes escuchar la amable contestación del

teniente Fox, el encargado accidental de mantener el orden en la ciudad por enfermedad del capitán Hutchinson, jefe de las fuerzas policiales…

¡Bang!

Era lo único que podía callar la inagotable verborrea del locutor: el estampido de un disparo. El locutor se tiró de cabeza al suelo y empezó a gatear en busca de un refugio bajo los grasientos fondos de un automóvil policial. Recuerdo vívidamente aquel detalle. Pensé, mientras veía desplomarse lentamente a mi cuñado, que era preciso enviar el automóvil al taller a fin de hacerle reparar la fuga del aceite.

Lear quedó arrodillado en el suelo, tratando de mantener un precario equilibrio con las manos aployadas en la tierra. Luego, de pronto, giró sobre sí mismo y se derrumbó de espaldas.

Alguien lanzó una ráfaga de metralleta hacia la casa.

—¡No! —grito frenéticamente—, ¡que nadie dispare un solo tiro o estamos perdidos!

Ya había dos cuerpos tendidos allí, en el suelo. Y uno de ellos era el esposo de mi hermana. ¿Qué habría hecho Mary si había visto caer a Lear a través de su pantalla de TV? Me horroricé al pensarlo. ¿Y los chicos…, habían visto también morir a su padre?

Un sollozo sonó a mi lado. Miré con ojos extraviados y vi a Jessica que lloraba, ocultándose el rostro con las manos.

El megáfono de Loganion sonó de nuevo.

—No vuelvan a intentarlo otra vez. Tengo municiones en abundancia. Fíjense en sus relojes; ya sólo quedan sesenta y cuatro minutos.

¡Y aquella pécora de Sweetie Randall sin venir!

Olsen me dio de repente una noticia pésima.

—Teniente, llama el agente que fue en busca de la señorita Randall. Dice que la señorita Randall le propinó un golpe, desmayándole, y que se ha escapado.

Agarré el sombrero con las dos manos, dispuesto a comerme el fieltro a bocados. ¿No había más complicaciones para mí todavía? ¿Y Curland? ¿Dónde diablos se había escondido el bastardo de Curland?

—Póngame con el alcalde —dije—, rápido, Olsen.

El agente consiguió la comunicación en un tiempo brevísimo.

Me pasó el teléfono y dijo:
—El señor DeVryss al aparato, señor.
—¡Alcalde! —rugí—. Ese loco ha causado ya dos muertos. Tráigase a Curland o moriremos todos, ¿se entera?
—Es… Es que no… sé dónde… puede estar… —balbució DeVryss.
—¡Usted conoce sus madrigueras! —rugí—. Tráigamelo como sea. —Y corté.
De pronto, el sargento Nichols lanzó un grito.
—¡Teniente, el profesor se mueve!
Di un salto. Mis ojos parecieron querer salirse de sus órbitas.
—¡Lear! —llamé impulsivamente.
Las piernas de mi cuñado se agitaron con débiles movimientos. Era evidente que no había muerto todavía; solamente se había desvanecido al recibir el impacte del proyectil. Por el volumen del estampido me pareció que Loganion disparaba con un «Winchester 44», buena arma para derribar a un hombre casi con el viento de la bala.
El brazo derecho de Lear se movió hacia adelante, en busca de algún agarradero. No lejos de él había un grupo de espesas matas, tras las cuales uno podía ocultarse con ciertas probabilidades de éxito. Pero, de repente, sus fuerzas le fallaron y el brazo se replegó hacia atrás.
En aquel momento, una especie de velo rojo se interpuso ante mis ojos. ¡Al diablo con Palmer Springs y sus cuarenta mil habitantes! ¡Si Lear había muerto, la vida ya no tendría atractivos para Mary! Y en cuanto a mí… Bueno; de alguna cosa hay que morir, me dije, en tanto me lanzaba a todo correr hacia adelante, inclinado sobre mí mismo a la vez que zigzagueaba para estorbar la puntería del chiflado.
Una bala silbó agudamente en mis oídos. Percibí vagamente el estruendo del «Winchester», en tanto que galopaba velozmente hacia el lugar donde había caído Lear.
Salvé la distancia en un tiempo «récord». Pocos metros antes de llegar a mi cuñado, me arrojé hacia adelante, rodando un par de veces sobre mí mismo, deteniéndome al llegar junto al cuerpo de Lear. Instintivamente, me tapé la cabeza con las manos y permanecí quieto, absolutamente inmóvil.

Sonó un estampido. Un proyectil me tironeó de la pernera derecha del pantalón. No me moví. Había que dar sensación de que me había tocado a fin de hacerle cesar en el tiroteo. Luego venía la parte más difícil: sacar a Lear de allí.

Arriesgándome, moví la cabeza ligeramente. Entonces escuché la voz de Lear.

—Hola, Burl —dijo con voz tenue.

—¿Cómo estás? —pregunté en el mismo tono.

—Mal. Me ha dado en el pecho. Estoy perdiendo bastante sangre.

Una ira inmensa me acometió. En aquellos momentos me hubiera levantado de buena gana y empezado a tiros con el loco hasta llenarle el cuerpo de plomo. Pero el recuerdo de un alambre atado a su muñeca y al seguro de una bomba atómica, contuvo mis impulsos de manera mucho más eficaz que lo hubieran podido lograr diez rifles.

—Escucha, Lear; voy a ver si puedo sacarte de aquí.

—No. Loganion nos matará a los dos. Vete Burl; tú puedes salvarte todavía.

—Olvídalo, Lear. Tengo que llevarse a un médico. Te espera Mary. Y los chicos, ¿sabes?

Lear tosió cascadamente.



—Tendría gracia que ahora nos estuvieran viendo por la TV —dijo.

—Es lo más probable —concordé—. ¡Maldito Bill Quash; no perdonaría nada con tal de conseguir un buen reportaje para su emisora!

El rifle había callado hacía rato. Era indudable que Loganion pensaba que me había acertado a mí también. Me atreví a levantar un poco la cabeza por encima de los hombros de Lear. La ventana estaba a sesenta metros de distancia y me pareció ver sobre el antepecho unos ojos brillantes que nos miraban con furia. El resplandor del sol se reflejó durante unos segundos sobre algo que brilló metálicamente.

Aspiré profundamente el aire.

—Bueno, Lear —dije—, prepárate.

—¿Qué vas a hacer, Burl? ¿Estás loco?

—Tú calla y déjame hacer a mí.

Volví el rostro. El matorral estaba a unos cuatro o cinco metros detrás. Y entre las plantas y nosotros dos había un espacio completamente liso, sin la menor protección.

—Oye, Lear.

—¿Sí, Burl?

—Mira, vamos a realizar la primera parte de mi plan. Puede que te haga un poco de daño, pero es que no veo otra forma de sacarte de aquí, ¿comprendes?

—De acuerdo. Actúa como quieras. ¿Qué he de hacer yo?

—Levanta la cara un poco. ¿Podrás? Es para que no te golpees contra el suelo, ¿me comprendes?

—Perfectamente. Cuando quieras, Burl.

El sol nos golpeaba despiadadamente con sus rayos que parecían de plomo fundido. Sentía que la espalda me quemaba y, por delante, la transpiración me corría en menudos hilillos que habían empapado por completo mi camisa.

—Bueno. —Inspiré fuertemente—. ¡Allá voy, Lear!

Me puse en pie de un salto y di dos pasos atrás, agarrando a mi cuñado por los tobillos. Luego tiré de él con todas mis fuerzas, arrastrándolo hacia el matorral.

Sonó un alarido unánime de la multitud que presenciaba la escena desde lugar seguro. Una bala levantó tierra y polvo delante de nosotros. Otra pasó entre Lear y yo, clavándose luego en el suelo con tremenda potencia.

Pero ya habíamos conseguido ganar el refugio. Mi acción había conseguido sorprender a Loganion, el cual no había tenido tiempo de hacer más que dos disparos. El matorral era lo suficientemente grande como para escondernos a los dos y hacerle vacilar acerca del lugar en que nos hallábamos. Lo único que podía hacer era barrer las matas a tiros, pero esto hubiera exigido un consumo exorbitante de munición, sin la seguridad de acertarnos de lleno.

Permanecí allí un buen rato, tratando de normalizar la respiración. Luego, en vista del silencio del rifle, me atreví a sentarme en el suelo.

—¿Lear?

—¿Sí, Burl?

La voz de mi cuñado sonaba más débil. Le miré la espalda; estaba cubierta de sangre. Al menos, estaba tranquilo en una cosa; el proyectil no se le había quedado dentro del cuerpo.

Pero la sangre continuaba fluyendo y era imperativo no sólo contener la hemorragia, sino hacerle una transfusión. Si se producía el «*shock*» por anemia, Lear estaba listo.

En aquel momento escuché una serie de gritos y ruidos. Alguien chilló agudamente. Sonó el ronquido de un motor.

Me quedé helado viendo un coche que enfilaba hacia nosotros a toda marcha. ¿Quién diablos era el loco que se metía en aquel infierno?

El coche pegó un bote tremendo al chocar sus ruedas delanteras contra el bordillo de la acera. Pero siguió adelante por el camino que conducía a la casa.

Tronó el «Winchester». Vi claramente la aparición de una estrella en el parabrisas. El conductor siguió impávido su camino, haciendo rugir el motor del automóvil.

Una bala dio en la carrocería, perdiéndose a lo lejos con metálico tañido. El automóvil llegó hasta nuestra altura y entonces se salió del camino, metiéndose por entre los, matojos. El conductor dio la vuelta, despidiendo una nube de tierra con las ruedas traseras. Luego lo detuvo a un paso de nosotros.

El rifle tronó de nuevo. Percibí claramente el estallido de un vidrio al recibir el impacto de un proyectil. La puerta trasera correspondiente a nuestro lado se abrió de pronto.

—¡Aprisa! —gritó una voz—. ¡Suban, pronto!

Me quedé helado al reconocer la voz; era la de la señorita McDye. Pero ¿cómo…?

No era tiempo, sin embargo, de entrar en explicaciones; el «Winchester» estaba a sesenta metros detrás de nosotros y su propietario lo hacía funcionar activamente.

Era preciso acallarlo por unos momentos. La distancia era excesiva, pero un poco de ruido, pensé, no dejaría de impresionarle. Conque saqué el revólver y tiré en dirección a la casa, deliberadamente alto para no herirle.

Descargué los seis tiros en un santiamén. Acto seguido, guardé el

arma de nuevo y me agaché para recoger a Lear.

Ordinariamente, me habría sido muy difícil cargar con mi cuñado. Lear es un mocetón de uno ochenta y cinco de altura y casi noventa kilos de peso. Con razón mi hermana Mary está orgullosa de su marido; más que un científico nuclear parece casi un galán de la pantalla. De los duros, que son los que más incentivo poseen para las mujeres.

Le agarré por bajo de los sobacos y tiré de él hacia el coche. Ayudó lo que pudo con su mano derecha. Lo metí a empellones; no le haría ningún bien a su herida, pero era mucho peor dejarlo allí para que se desangrara.

El coche arrancó a toda velocidad hacia abajo, aun antes de que nos hubiéramos acomodado en la parte posterior. Caímos revueltos en confuso montón, rebotando a compás de los saltos que pegaba el coche en su loca carrera. El vidrio trasero cayó en mil pedazos sobre nosotros, pulverizado por un par de proyectiles.

El tiroteo cesó apenas hubimos traspuesto los límites del jardín. Era evidente que Loganion no quería disparar a quien se encontraba fuera de su propiedad; debía considerar que quien había traspasado los límites era digno de su castigo, pero si se salía de ellos, ya no tenía por qué insistir en tal sanción.

Jessica McDye detuvo el coche con agudo chillido de frenos junto a una ambulancia que había acudido casi desde el principio. Un grupo de hombres vestidos de blanco se nos echó encima como un torbellino. Un individuo empezó a palparme la ropa.

—¡Déjeme en paz, maldito sea; yo no estoy herido! Atiendan al profesor Marlin; ése sí que lo necesita.

Lear fue colocado en una camilla. Allí mismo le despojaron de la ropa y empezaron a restañarle la sangre. Tenía el rostro ceniciento y ya había perdido el conocimiento. Un interno del hospital de la ciudad empezó a inyectarle plasma para evitar el colapso.

La ambulancia partió minutos después, abriéndose paso a golpe de sirena. Entonces me volví para mirar a la chica.

—Todavía no he tenido tiempo de darle las gracias por lo que ha hecho, señorita McDye —dije.

Ella se puso muy colorada.

—Bueno… En verdad… Creo que era mi obligación.

Señalé con la mano al espeso grupo de hombres que había allí.

—¿Y ésos? Usted corrió un riesgo gravísimo; podía haber muerto. Aunque lo diga usted, nadie le obligaba a ello.

—No sé cómo explicárselo, teniente… Fue un impulso irresistible… y cuando quise darme cuenta, ya estaba a bordo del coche. Quisieron impedírmelo, pero era ya tarde.

—Si se salva mi cuñado, se lo agradeceremos toda la vida, señorita McDye. Y ahora, ¿quiere decirme por qué vino aquí?

El rostro de la muchacha se nubló repentinamente.

—Tenía que darle un mensaje al profesor Loganion. Es muy importante… Pero temo que no me quiera escuchar.

—Si no es absolutamente secreto, podemos transmitírselo por medio de los altavoces. Quizá de este modo se avenga a entrar en razón.

—Posiblemente —suspiró Jessica—. Su madre está muy enferma. Quiere verle antes de morir… Aunque me temo que no llegue a tiempo.

Antes de que pudiera dar una respuesta, el megáfono sonó de nuevo.

—*¡Les recuerdo que ya sólo quedan cuarenta minutos!*

CAPÍTULO V

El bramido del megáfono se extendió retumbante por encima de nuestras cabezas hasta perderse en multitud de ecos que se alejaron hasta esfumarse lúgubremente.

¡Cuarenta y un minutos! ¡Y sin aparecer la Randall y ni Curland!

—Olsen, el micrófono —pedí.

El guardia vino con el aparato. Se lo entregué a Jessica, mirándola fijamente.

—Bien —dije—, veamos a ver su suerte, señorita McDye.

Ella tomó el micrófono con mano temblorosa. Se aclaró un poco la voz y luego habló.

—*¡Profesor Loganion! ¡Soy yo, Jessica McDye, subsecretaria! ¡Escúcheme, por favor, se lo ruego! ¡Es algo de la máxima importancia!*

Con el rabillo del ojo vi las cámaras de la TV que nos enfilaban directamente. Maldije a aquellos importunos, pero no era posible hacer nada para echarlos de allí.

Loganion tardó unos segundos en dar su respuesta.

—*¿Qué es lo que tiene que decirme, Jessica? Hable pronto; mi paciencia empieza ya a agotarse.*

—Escuche, profesor; su madre está muy enfermo. Está muriéndose y quiere verle antes de que sea demasiado tarde.

Hubo una corta pausa de silencio. Luego volvimos a escuchar la voz de Loganion.

—¡Eso es una sucia mentira, señorita McDye! ¡Nunca creí que se prestaría a los turbios manejos de la policía! ¡No volveré a escucharla otra vez!… ¿Me comprende?

Los ojos de Jessica se llenaron de lágrimas. Volvióse hacia mí, haciendo un gesto de impotencia.

—Es verdad, teniente —me dijo—. Su propia madre me dijo que

viniera a verle. Sabía que estaba aquí, con… con…

—Swettie Randall, ¿verdad?

Ella movió la cabeza afirmativamente; no podía hablar.

Sentí una infinita compasión por la muchacha. Jessica hacía las cosas de todo corazón, con la mejor voluntad del mundo y ver que sus palabras eran calificadas de una sucia mentira le dolía enormemente. Esto, sin considerar la terquedad de aquel chiflado, que continuaba parapetado en su castillo roqueño, dispuesto a volar con todos nosotros si no se accedía a lo que pedía.

—Olsen, el teléfono —pedí con un gruñido—. Llame al alcalde.

—Sí, señor.

Mientras que el agente establecía la comunicación, reparé en un objeto que Lear había dejado abandonado allí al tratar de parlamentar con el loco.

—¿Sabe usted manejar el contador Geiger? —dije.

—Sí, por supuesto. —Lo tomó y dio media vuelta al interruptor. El chicharreo del aparato se dejó oír de pronto.

—El plutonio ese sigue emitiendo radiaciones, ¿eh? —mascullé.

Ella sacudió la cabeza.

—No; el plutonio difícilmente afecta al contador. Es la infección secundaria la que actúa sobre el mismo.

—¿Cómo quiere decir?

—Pues que, sencillamente, todo cuanto rodea al plutonio se infecta de radiactividad. El plutonio emite neutrones; éstos tienen que escapar o se produce la explosión. Los neutrones infectan cuanto tocan; lo mismo una casa que un ratón. Si esto continúa mucho, esa casa tendrá que ser abandonada o derruida hasta los cimientos y los materiales de que está construida transportados y dispersados muy lejos de aquí.

—¿Y Loganion?

—Figúreselo —declaró ella.

—Pero dos horas…

—No es mucho; él lo sabe. Aunque si la cosa durase más… —Y Jessica dejó la frase sin concluir.

Me pellizqué el labio inferior. Luego dije:

—En serio, ¿cree usted que el profesor Loganion ha montado ahí una bomba atómica? ¿Cree usted que eso puede hacerse así de sencillamente?

Jessica se echó a reír. Era la suya una risa nerviosa, casi histérica.

—Loganion le haría a usted una bomba atómica con un destornillador y un trozo de tubería de plomo. Es uno de los cerebros más brillantes de la nación.

—Tal vez por eso se haya vuelto loco —comenté con negro humor.

Olsen me llamó.

—Teniente, el alcalde no da señales de vida.

—Se habrá largado, el muy bastardo. ¡Póngame con Madison!

—Sí, señor.

Olsen me entregó el aparato apenas hubo logrado la comunicación.

—¿Teniente? —dijo el sargento.

—Deje su puesto —ordené—, y salga de ahí y póngase a buscar a Curland, sea como sea, ¿me entiende? Usted conoce demasiado bien sus costumbres; sabrá, sin duda, dónde encontrarle. Tráigamelo aquí antes de… —consulté el reloj—, antes de treinta minutos.

—Pero, teniente…

Corté sin esperar más. Luego pedí el micrófono. Era imperativo hablar con Loganion y ganar tiempo como fuera.

—¡Profesor! —llamé—. ¡Soy el teniente Fox! ¡Deseo hablar con usted!

Como de costumbre, la respuesta se retrasó unos segundos.

—¿Qué es lo que quiere, teniente?

—Estamos haciendo todos los posibles para encontrar a la señorita Randall y a Gene Curland, pero han desaparecido y no sabemos dónde están. Los buscamos con ahínco, aunque es fácil suponerse que no podremos traérselos antes de que pase el plazo convenido. Sugiero una ampliación del mismo… en beneficio de todos, de usted el primero, por supuesto.

Loganion calló. Sus dudas eran evidentes.

Volví a la carga.

—Profesor, usted no puede destruir una ciudad sólo por rencillas personales. Recuerde que hay niños y mujeres inocentes. ¿Va a sacrificarlos también?

—Conforme —contestó la voz del chiflado al poco rato—. Ampliaré

el plazo. Les doy tres horas más. Pero no habrá ninguna otra prórroga, ¿me han comprendido?

Hizo una pausa.

—*Y no vuelvan a intentar nada contra mí. He montado un disparador de contrapeso a «hombre muerto». Aunque muriera instantáneamente por un disparo suyo, mi caída provocaría la explosión de la bomba.*

La voz del profesor se alejó, dejando tras sí una estela de silencio. Pero habíamos ganado tres horas, tres horas que podían ser preciosas para nosotros.

Empecé a trabajar activamente.

—¡Sargento Nichols, envíe un hombre con prismáticos al tejado de la casa frontera y que vigile atentamente todos los movimientos del profesor! Que le acompañe otro provisto de un transmisor individual para que pueda comunicarnos rápidamente cualquier novedad que surja.

Llamé a Olsen.

—Transmita una orden general. Quizá sea ya un poco tarde, pero es preciso atar todos los cabos. Todos los coches que salgan de la ciudad deberán ser minuciosamente registrados. La señorita Sweetie Randall y el señor Curland deberán ser detenidos y trasladados aquí en el acto.

Un individuo se me acercó. Llevaba en la cinta del sombrero un carnet de Prensa y en las manos un bloc de notas y un lápiz.

—Collins, de la «United Press» —se anunció—. Dígame, teniente; ¿qué hay de cierto en lo de ese loco que dice querer hacer estallar una bomba atómica?

—Ahora no tengo tiempo para entrevistas, lo siento —contesté.

—Llaman del hospital, teniente —dijo Olsen—. Su cuñado está muy mal, pero se salvará.

Respiré. En medio del sombrío panorama, aquélla era una buena noticia, indudablemente.

Vino un informador de radio con un grabador magnetofónico. Lo envié a paseo. Dos fotógrafos se despacharon a su gusto. Un par de *cameramen* de cine tomaban vistas incesantemente de todo cuanto pasaba.

El jefe de los bomberos vino también.

—Teniente —dijo—, yo y mis hombres estamos dispuestos para

hacer algo. ¿Por qué no le lanzamos un chorro de espuma? Esto le enfriaría los ánimos e impediría la explosión.

—¿Cree usted que una bomba atómica se hace con pólvora de cazar? —barboté.

De pronto llegó una noticia interesante.

—Teniente —gritó Olsen—, para usted. —Y blandía el teléfono como si fuese una porra.

Salté hacia el aparato. Era el agente Souvac.

—¿Teniente Fox? Aquí Souvac. Hemos atrapado a uno de los compinches de Curland en el momento en que se disponía a abandonar la ciudad.

—¿Dónde están ustedes?

—En la salida noroeste de la ciudad, en la carretera veintiuno.

—Muy bien, reténganlo allí hasta que vaya yo a interrogarle en persona.

Devolví el aparato a Olsen y dije:

—¡Vámonos!

Me metí en el coche. Casi al instante sentí el revuelo de unas enaguas crujiendo detrás de mí. Olsen arrancó como una exhalación, haciéndonos caer a Jessica y a mí en confuso montón. La chica gritó un poco, pero se rehízo al instante.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —pregunté, muy irritado.

El coche tomó una curva cerrada, de tal modo que Jessica salió disparada contra mí. Permaneció unos momentos estrechamente pegada a mi cuerpo y sentí el suave calorcillo del suyo y el delicado aroma a flores del campo que se escapaba de su cabello limpio y perfumado, en tanto la sujetaba con ambos brazos, para impedirla caer al fondo del coche.

Al cabo de unos momentos, ella dijo:

—Me sostengo yo sola, teniente. —Y me miró a los ojos.

—¡Cuánto lo siento! —murmuré. Ella se atusó el cabello con coquetería y su gesto hizo resaltar la delicada curva de su pecho, firme y erguido.

Encendí un cigarrillo y se lo pasé. Jessica aspiró el humo con fuerza. La imité. Los cigarrillos parecieron aliviar un poco la tensión que reinaba entre nosotros.

—¿Qué puede sucederle a un hombre que está demasiado tiempo expuesto a la radiación, señorita McDye? —pregunté al

cabo.

—Anemia y degeneración hepática, entre otras cosas. La médula de los huesos también resulta afectada.

Si su cuerpo se empapa demasiado de radiactividad, incluso con una bocanada de humo de tabaco, podría afectar el contador. Los tejidos orgánicos infectados mueren y…

Tragué saliva, no humo esta vez.

—Alto —dije—, no siga. Con lo que he oído es más que suficiente.

El coche llegó a la entrada de la carretera veintiuno en un tiempo mínimo. Abrí la portezuela y me tiré a tierra antes de que frenase del todo.

Los agentes que habían vallado la salida de la ciudad empujaron hacia mí a un tipo de repelente aspecto. Lo conocía de sobra; era uno de los hombres de confianza de Curland. Un tal Chris «El Uñas», llamado así por su afición a llevar siempre muy largas las de los dedos meñiques de las manos. Había hecho de todo en esta vida y las malas lenguas murmuraban de él que tenía un par de muertes sobre su conciencia.

—Bueno, «Uñas» —dije, apenas me lo eché a la cara—, ahora vamos a ver qué tal te portas con nosotros.

—No hablaré más que en presencia de mi abogado —contestó el fulano con aire fanfarrón. Escupió a un lado ostensiblemente.

¿Un abogado?, me pregunté. ¿Por qué requerir la presencia de un letrado? «El Uñas» lo había mencionado antes de que se le formulara una acusación concreta. Luego… allí había algo muy turbio, algo que rebasaba los simples límites de un interrogatorio rutinario.

—Tu abuela —mascullé—. Abogado, ¿para qué lo deseas «Uñas»?

—Hablaré cuando me lo hayan proporcionado; antes, no —insistió el granuja.

—Pero ¡si no sabes siquiera lo que queremos preguntarte! —dije, empezando a perder, la paciencia.

—De todas formas, ya he dicho todo lo que tenía que decir —contestó con obstinación.

—Escucha —dije, tratando de mantener la calma—, sólo queremos saber dónde está tu jefe. Gene Curland. ¿Puedes

decírnoslo?

—Mi abogado se llama…

¡Slash!

La bofetada echó hacia atrás la cabeza de «El Uñas». Hubiera caído al suelo de no haber sido por las manos de Souvac, que lo sujetaron por los hombros.

Jessica lanzó un grito. Maldije entre dientes. Aquél no era lugar para interrogar a un tipo. Había muchos coches esperando para ser revisados y mi gesto había sido notado por muchos curiosos. No me convenía ser impulsivo… en aquel lugar y en aquellos momentos.

—Está bien —dije, rabioso—. Vamos a ver si en Jefatura se te refresca la memoria un poco «Uñas». Olsen, cargue con este bastardo.

El conductor empujó al maleante hacia el asiento posterior. Yo entré tras él, cerrando acto seguido.

Jessica se quedó fuera. Chilló algo que no pude entender, ahogada su voz por el rugido del motor. La muchacha agitó las manos frenéticamente, pero ya Olsen hacía virar en redondo el automóvil, saliendo de allí con la velocidad de un «sputnik».

Llegamos a Jefatura diez minutos más tarde. Estaba nerviosísimo; ya casi estaba acabando el primer plazo de dos horas y aún no teníamos el menor indicio sobre el paradero de la Randall ni de Curland. ¿Por qué se escondían tan ahincadamente? ¿Había allí algo más que el simple miedo a las represalias de un tipo enloquecido por los celos?

Olsen se apeó y nos abrió la portezuela. Salí del coche.

En el mismo momento, «El Uñas» arremetió contra nosotros con la cabeza gacha. Su frente chocó con seco ruido contra la mandíbula de Olsen. El agente cerró los ojos, emitió un hondo ronquido y se desplomó desvanecido.

«El Uñas» era tipo que no perdía el tiempo cuando de actuar se trataba. Aún estaba cayendo Olsen, cuando ya levantaba su pierna, golpeándome en la cadera y derribándome también al suelo. Luego echó a correr como alma que lleva el diablo.

Un dolor vivísimo me subió a todo lo largo del costado afectado por el puntapié. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, me retorcí en el suelo cuanto pude y saqué el revólver.

Apunté cuidadosamente. No quería matar al forajido, sino,

simplemente, herirle. Su declaración era vital para nosotros. Levanté el pulgar y el martillo del percutor cayó… ¡sobre una cápsula gastada!

Capítulo VI

Me puse en pie renqueando, en tanto maldecía mi estúpida imprevisión. Había consumido todas las balas al rescatar a Lear y luego no me había acordado de reponer los cartuchos gastados. De buena gana hubiera empezado a mordiscos con el revólver.

Olsen se sentó en el suelo, meneando la cabeza con aire idiota.

—¿Qué ha sido lo que me golpeó? —dijo. Se tocó la mandíbula con la mano y emitió un gemido de dolor—. Ese bastardo me dio bien —gruñó—. En cuanto le ponga la mano encima…

—Creo que tardará un poco en hacerlo —dije, ayudándole a levantarse—. Se largó.

Olsen masculló algo entre dientes. Apoyándonos el uno en el otro, penetramos en el edificio de la Jefatura de Policía.

El sargento Burchs había tomado el mando en ausencia de Madison, dedicado éste a la búsqueda del alcalde.

—Todo continúa igual, teniente —contestó a mis requerimientos.

Un agente vino con sendas tazas de café, que Olsen y yo tomamos agradecidos. Me froté la cadera; «El Uñas» me había pateado de firme.

Mientras me tomaba el café, medité unos instantes. No sé por qué, después de la detención y posterior fuga de «El Uñas», tenía la sensación de que algo gordo estaba pasando, que había allí algo más que la simple chaladura de un tipo desdeñado por su novia. Pero ¿qué era? ¿Cómo saberlo?

El teléfono sonó en aquel momento.

—Es para usted, teniente —dijo Burchs.

Tomé el aparato.

—¡Habla Fox! —dije—. ¿Quién es?

—Encantado de saludarle, aunque sea por teléfono. Me llamo Dipensio, de la
F. B. I.
Estoy aquí, frente a la casa del loco. ¿Cuánto podría verle, teniente? Es preciso que hablemos cuanto antes.

¡Diablos! ¡La cosa iba en serio cuando la
F. B. I.
tomaba cartas en el asunto! Claro, se comprendía, habiendo de por medio una bomba atómica. A estas horas toda la nación estaba ya enterada de lo que sucedía y los reporteros debían agolparse en las ventanillas de expedición de billetes de avión para acudir al lugar donde se estaba produciendo el suceso más importante de los diez últimos años.

—Bien —contesté—, acudiré enseguida. Espéreme ahí.

—Gracias, teniente.

Me volví hacia la salida. En aquel momento entraba Madison.

—Teniente, lo siento —manifestó—; no he podido encontrar el menor rastro de Curland.

Miré al sargento fijamente. Es comprensible que a veces un funcionario público se vea atosigado por dificultades económicas y ceda a los cantos de sirena de gentes que le incitan a la prevaricación con el fin de contar con una silenciosa complicidad en sus turbios negocios. Comprensible, pero nunca disculpable… Sobre todo, como cuando en el caso de Madison esta complicidad comprendía muchas cosas que bordeaban el código, cuando no lo vulneraban abiertamente. Tenía ganas de echarle el guante y él lo sabía, pero ambos sabíamos también que estaba muy protegido. Todo consistía en una cuestión de paciencia, de esperar a que diese un paso en falso y entonces atraparle con las manos llenas de harina.

—Claro —dije—. No ha encontrado el rastro de Curland. Los billetes que éste prodiga suelen hacer perder el sentido del olfato, ¿verdad?

El rostro de Madison enrojeció violentamente.

—Me está insultando, teniente —dijo con acento de enojo.

—Bueno, dejémoslo correr. No sé de qué insultos habla, cuando su piel podría servir de blindaje a un tanque, Madison. Vuelva y búsqueme a Curland debajo de las piedras o le enviaré a patrullar

por las calles.

Los puños del sargento se crisparon.

—Usted no es el capitán Hutchinson —barbotó—. Nadie puede degradarme si no es él, ¿me entiende, teniente?

Acerqué mi rostro hasta casi tocar el suyo. En aquel momento le hubiera mordido la nuez con infinito placer.

—Busque a Curland —dije— o le juro que le daré qué sentir, pese a la protección de que disfruta. Ahora no se trata de encubrir a un tahúr, sino de salvar la vida de cuarenta mil personas, ¿me oye? ¡Largo, Madison!

Mi trueno final le asustó. Había presenciado el incidente de la maleta y sabía que lo de la bomba atómica no era broma. Palideció, quiso hablar, abrió y cerró los puños convulsivamente y acabó dando media vuelta y saliendo de allí.

—Vamos, Olsen —dije, tratando de apagar la hoguera que ardía en mi pecho.

Entonces me llamó el telefonista.

—¡Teniente, una llamada para usted!

—¿Quién es? —pregunté.

—Una tal Dolores Fuller —contestó el operador—. Dice que tiene algo muy importante que manifestarle.

Lancé un suspiro de resignación. En casos semejantes y sobre todo cuando éstos gozan de gran publicidad, abundan los chiflados que tienen que decir «cosas importantes» que luego resultan ser solemnes tonterías. Alargué la mano y tomé el aparato.

—Fox al habla —dije.

—Hola, teniente —oí una voz cariciosa e insinuante—. ¿Le gustaría saber alguna noticia sobre Sweetie Randall?

Agucé las orejas inmediatamente. Creo que incluso se me estiraron, como hacen los perros de caza cuando marcan la pieza.

—¿Dónde está? —pregunté con un alarido.

—Poco a poco, teniente —dijo la individuo—. He estado viendo todo lo que está sucediendo por la TV. ¿Es cierto lo de la bomba atómica?

—Admitámoslo —repuse cautamente—. ¿Qué pasa con la Randall?

—Puedo decirle dónde está, teniente Fox. Pero me gustaría hacerlo personalmente.

Dominé mis nervios que estaban a punto de saltar.

—De acuerdo —contesté—. ¿Dónde vive usted?

—Forrest Hills, 299. —Y colgó.

Permanecí unos momentos indeciso. ¿Qué diablos querría aquella fulana? ¿Por qué no me lo había dicho telefónicamente en lugar de hacerme acudir a su casa?

Quedándome allí quieto, no lo averiguaría de ninguna manera. Era preciso moverse, y rápido.

—Olsen, vamos —ordené. Y ya en el coche, dije—: Forrest Hills, 299.

Olsen se sentía como en Indianápolis. Condujo como un demonio, apartando la circulación con el estridor de su sirena. Al cruzar por las calles, vi agolpado al público ante los televisores de los bares, presenciando el reportaje de la emisora local, transmitido directamente desde el lugar del suceso.

Llegamos en cinco minutos al número 299 de la calle de Forrest Hills. Bajé del coche y empecé a subir las escaleras, mirando en las puertas los indicadores de los inquilinos. Olsen venía detrás de mí, pero el subir escaleras no era su fuerte y su pecho resoplaba como un fuelle de órgano.

La casa era vieja y la escalera oscura y maloliente. La Fuller vivía en el cuarto piso, al que llegué cuando Olsen estaba aún en el segundo.

Toqué la puerta con los nudillos. Al otro lado de la madera sonó un vivo repiqueteo de tacones.

La puerta se abrió y una mujer me miró bajo el dintel.

Era pelirroja. Su cabello parecía hecho de fuego y la ropa que vestía era todo un compendio de economía indumentaria. Por delante llevaba un escote sensacional, que hubiera hecho palidecer de envidia a la mismísima Jayne Mansfield. Más abajo, el vestido se abría dejando ver una pierna izquierda de maravillosa factura, blanca y torneada a la perfección.

Sus labios eran rojos, húmedos e incitantes y sus ojos emitían unos destellos perversos. Sonreía, enseñando los dientes de una manera muy particular. Era fácil adivinar su profesión. Me dio asco, pero no tenía otro remedio que parlamentar con ella.

—¿Y bien, teniente? —dijo—. ¿Ya me examinó a gusto?

—Habría mucho que hablar sobre el particular —dije secamente

—. ¿Puedo pasar o tenemos que hablar aquí, en el pasillo?

Dio media vuelta y se metió en la casa, balanceando las más suntuosas caderas que he visto jamás. Me miró por encima del hombro, como para observar el efecto de su desfile.

Creo que debió llevarse un chasco, porque procuré mantener la faz impasible. Pero no dio señales de su decepción.

Caminó hasta un diván un poco pringoso. Se sentó, con una generosa exhibición de sus piernas, y me indicó que lo hiciese a su lado. Desobedecí la indicación y ella se encogió de hombros.

—No estoy aquí para perder el tiempo —dije—, y usted lo sabe, señorita Fuller. Quiero que me diga cuanto antes el paradero de la señorita Randall, tal como prometió por teléfono.

—En efecto, teniente. —De pronto, su vista reparó en algo—. Ese gorila, dígale que espere fuera.

Volví la cabeza. Olsen estaba en la puerta, enjugándose el sudor con un pañuelo de horrible colorido.

—Salga, Olsen —dije.

La puerta se cerró de golpe. Olsen se sentía molesto por haberle sido prohibido el espectáculo. Dolores lo advirtió y rió estruendosamente.

—Bueno, basta ya —corté de mal talante—. Hable de una vez, señorita Fuller.

De repente se inclinó hacia adelante. El escote de su bata se abrió aún más, pero ella no pareció concederle importancia alguna.

—He oído lo de la bomba atómica. Me parece una fabulosa mentira, pero ustedes, los policías, están metidos en un serio aprieto. Tienen que terminar con la locura de ese chiflado para recobrar su prestigio y tranquilizar la ciudad, ¿no?

—Es posible —concedí—. No obstante, puedo asegurarle, sin temor a errar, que eso de la bomba atómica va completamente en serio. —Señalé hacia el televisor que estaba funcionando—. Si sigue aquí, dentro de tres horas verá producirse una explosión atómica. Verá en la realidad lo que tantas veces ha presenciado en el cine y en los noticiarios científicos. Pero un segundo después, usted habrá muerto. Usted y cuarenta mil personas más, si antes no hemos podido llevar a presencia de ese loco a las dos personas que busca con tanto ahínco.

El labio inferior de Dolores colgó repentinamente.

—¿Es… cierto eso que dice, teniente?

En aquel momento sonó un ruido extraño. Los dos volvimos la vista hacia la pantalla. Uno de los locutores de la televisión mantenía frente al objetivo de la cámara un contador Geiger, de tal modo que podía escucharse perfectamente su chirrido, a la par que se veía la oscilación de la aguja indicadora. Los sonidos y los movimientos de la aguja eran débiles; la distancia a la casa era algo excesiva, y la contaminación radioactiva, en dos horas, apenas había aumentado, pero la cámara hacía mayor el ruido y presentaba en un siniestro primer plano el contador, de modo que la imagen resultaba estremecedoramente verídica.

—Vea —dije, señalando hacia la pantalla. El locutor decía algo en aquel momento acerca de las radiaciones secundarias del plutonio y por el rabillo del ojo vi que Dolores escuchaba atentamente—. Bueno, ¿qué me contesta? —pregunté, unos segundos después.

La fulana se puso en pie y agarró una botella que tenía sobre un aparador cercano. Sirvió dos vasos y me entregó uno, pero se lo rechacé. Ella despachó el suyo de un golpe.

Luego me miró, recostada sobre el aparador, haciendo resaltar las líneas de su cuerpo opulento. Demasiado opulento, me dije para mí; dentro de unos años parecería una vaca suiza.

—Es cierto —dijo con voz menos firme que al principio—. De todas formas, aún quedan casi tres horas. Hay tiempo más que suficiente para que la ciudad me pague por librarla de la destrucción.

—¡Eh! —exclamé, atónito. La increíble proposición de la Fuller me había dejado sin aliento.

Ella se enderezó súbitamente.

—Ya lo ha oído, teniente —dijo con tono duro—. Busque al alcalde; es un tipo rico… gracias a Curland: Puede darle un cheque por diez mil. Cuando lo haya cobrado, conviértalo en billetes y le diré dónde está Sweetie.

—Está loca, Dolores Fuller —la increpé—. No sabemos dónde está el alcalde…

Se echó el aliento en las uñas y empezó a frotárselas contra el seno izquierdo.

—Diez mil, teniente —dijo impávida—. En menos de una hora

puede estar de vuelta. Entonces, yo le diré dónde está Sweetie.

Cerré los puños convulsivamente. Me fui hacia ella, pero me detuve a un paso de distancia. «Calma, Burl», me dije.

—Pero, no puede hacer eso, señorita Fuller —rogué—. Dese cuenta; la ciudad…

—Diez mil o cierro el pico.

—Puedo encerrarla en la Jefatura hasta que hable —argüí.

Se encogió de hombros.

—Bueno, volaremos todos juntos, teniente.

Me dieron ganas de romperle la cara a golpes. Su aprensión y su amoralidad en unos momentos tan cruciales revolvían el estómago.

—Por última vez, señorita Fuller…

Ella pasó por delante de mí, con intención de dirigirse hacia la puerta. Yo quedé de espaldas al diván, el cual estaba bajo una ventana que daba a una calle transversal al a de Forrest Hills. La distancia de los dos a la ventana era de unos dos metros.

—Diez mil pavos o silencio, teniente —repitió ella.

Fue a andar de nuevo, pero la atrapé por el brazo derecho, cortándola en seco él gesto.

—Vamos a hablar como buenos camaradas, muchacha —manifesté—. Tú me vas a decir ahora dónde está la Randall y yo, en cambio…

Me enseño los dientes, provocativa.

—Hoy es mi día de fiesta, teniente. Suélteme.

Apreté los dedos de la mano sobre la carnosidad de su brazo. Gritó un poco. Apreté más. Gritó más.

Levantó la mano libre y trató de arañarme. Corté el gesto con un movimiento de mi brazo derecho y luego le di un suave toquecito en el costado izquierdo, bajo el pecho. El filo de mi mano la dejó sin color y sin aliento.

—Yo trabajo todos los días, preciosa —expresé duramente—. ¿Dónde está la Randall?

—Son diez mil, sucio bastardo —dijo, apretando los dientes.

Quiso arañarme de nuevo, pero un segundo toque en el mismo sitio la hizo contorsionarse de dolor. No podía entretenerme en sentimentalismos con un chiflado empeñado en jugar a las bombas atómicas.

—Me lo vas a decir y gratis —murmuré. Los dedos de la mano

izquierda aumentaron la presión contra el brazo que atenazaban.

—Puerco polizonte —dijo, forcejeando. Entonces levanté la mano y se la estampé con todas mis fuerzas en el lado izquierdo de la cara. Al mismo tiempo la solté.

Hubo un revoloteo de faldas cuando la fulana salió girando como en un baile antes de caer al suelo. Se levantó de un salto, blasfemando como un conductor de tanques en medio de un campo de minas, y buscó algo para arrojarme a la cabeza.

Me agaché. Un florero de mayólica se estrelló contra la pared que había detrás de mí. Salté hacia ella y llegué justo a tiempo de evitar que me arrojara la botella que había usado unos minutos antes. Sacudí el brazo y la botella cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

Dolores me atizó una patada en la espinilla. Moví la mano derecha y le di en el otro carrillo. Murmuró algo ofensivo hacia mis antepasados. De pronto levantó la rodilla y me la clavó en el bajo vientre.

Sólo un rápido encogimiento sobre mí mismo evitó una gran desgracia. Aun así, el dolor me acometió como una ráfaga de fuego. Retrocedí un par de pasos, sin poder evitarlo.

Dolores se agarró a una silla. La levantó en alto y la blandió con todas sus fuerzas. Pude deslizarme a un lado y así fue solo el hombro izquierdo el que recibió parcialmente el golpe, aun a costa de quedarme anestesiado momentáneamente. El mueble cayó al suelo.

Me dije que era hora ya de dejarse de cumplidos. Cuando ella intentó repetir el golpe con una lámpara de pie, se la arrebaté de las manos, tirándola a un lado, y le di de lleno con el puño en la mandíbula. Abrió la boca y cayó de espaldas.

Fui al interior de la casa y llené una jarra con agua. Volví a la habitación y empecé a derramar el agua sobre el rostro de Dolores.

La frescura del líquido la hizo reaccionar. Se sentó en el suelo, tosiendo y escupiendo agua y maldiciones imparcialmente. Sus cabellos se le pegaron a las sienes, cosa que la llenó de rabia.

Me incliné sobre ella y agarré con la mano un puñado de cabellos. Tiré sin compasión y Dolores lanzó un alarido. Pero se puso en pie, que era lo que yo quería.

—Está bien —dije, cuando el combate se hubo acabado—. Ahora

vas a hablar. Y me dirás lo que quiero saber, o te dejaré los nudillos marcados en la cara para siempre.

Blandir el puño cerrado cerca de su rostro creo que la impresionó notablemente. Era una fulana que vivía de su belleza y si ésta se le echaba a perder… Bueno, las chicas como ella no tienen subsidio de paro, precisamente.

Se mordió los labios. Dijo:

—Bueno, pero creo que algo me merecería por la noticia, ¿no?

—Sí, una buena tunda por haberla tenido callada tanto tiempo. Suéltala ya, pécora.

Trató de sonreír.

—Teniente, antes me equivoqué. No estoy de fiesta.

—Estoy de servicio. Volveré otro día. Dolores, no me hagas perder la paciencia.

—Pero ¿usted no puede prometerme nada? Fíjese, es una noticia…

¡Slash!

La bofetada chasqueó sonoramente. Aquello la persuadió de que todas sus argucias eran inútiles. Comprendió que no le quedaba otro remedio que hablar.

—Está bien, maldito hijo de perra —murmuró rencorosamente —. La Randall está…

Creí que ya se había producido el estallido de la bomba. El cristal de la ventana voló en mil pedazos.

Al mismo tiempo pasó algo muy raro. Todo el lado izquierdo de la cara de Dolores Fuller desapareció en una explosión de carne y huesos pulverizados. Algo líquido y caliente me salpicó el rostro.

CAPÍTULO VII

Solté el brazo de la chica. De la boca de Dolores se escapó un ronquido infrahumano. Estalló otra bomba atómica.

Dolores fue empujada brutalmente a un lado. Cayó de rodillas, apoyándose instintivamente con las manos en el suelo, arrojando torrentes de sangre por la herida causada primeramente en su cara.

Mientras me abalanzaba hacia la segura protección del diván, sentí sobre mi cabeza otro estampido. Los ecos del tercer disparo no fueron lo suficientemente poderosos para acallar el ruido de algo que estallaba sordamente, con fragor de huesos despedazados.

Me agazapé bajo el diván, en tanto que sacaba mi revólver. Dolores yacía boca abajo, con toda la parte posterior del cráneo horriblemente destrozada por el último impacto. Un charco de roja sangre se extendía lentamente bajo su cuerpo inmóvil, apenas sacudido por los últimos y leves espasmos provocados por la extinción de la vida en sus centros nerviosos.

Los disparos no se repitieron. La puerta saltó de una patada y Olsen penetró en la habitación, empuñando un revólver.

—¡Cuidado! —grité—. ¡Está en la ventana!

Olsen se retrajo un tanto. Miró hacia la ventana. Luego echó a correr, procurando hacerlo junto a la pared.

Entonces me puse en pie. Levanté el bastidor y me asomé fuera.

Un hombre descendía apresuradamente por la escalera de incendios. Estaba ya a la altura del segundo piso. En la calle había un coche aparcado, casi inmediatamente bajo la escalera.

Le intimé a detenerse.

—¡Alto! ¡Párese o haré fuego!

Por toda respuesta, el tipo se volvió y disparó contra mí. El muy canalla usaba una 45 del Ejército. Así había destrozado la cabeza de

Dolores; una bala de ese calibre causa efectos devastadores en el organismo humano, sea cualquiera que sea el lugar donde haga impacto.

El proyectil pegó en la barandilla de hierro, perdiéndose a lo lejos con agudo chillido. Retrocedí un poco, volviéndome a asomar acto seguido.

Apunté y disparé varias veces rápidamente. El asesino estaba a punto de alcanzar el descansillo que le conduciría al segundo tramo. Se estremeció horriblemente al sentir en su espalda el impacto de los proyectiles de mi 38.

Abrió los brazos y soltó la pistola. Las balas le empujaron hacia el antepecho de la barandilla, sobre la cual se dobló en dos. Osciló un instante y luego acabó por voltear, cayendo a la calle.

Su cuerpo chocó contra el techo del automóvil que le aguardaba. Rebotó horriblemente, dejando como huella de la caída una enorme abolladura en la chapa, y luego cayó despatarrado sobre el cemento del arroyo. El conductor del vehículo arreó de inmediato, perseguido por unos cuantos disparos míos y de Olsen, que no consiguieron el menor efecto práctico.

Después se produjo el escándalo consiguiente en casos similares. La calle empezó a llenarse de gente, atraída por el tiroteo. Olsen y yo bajamos por la escalera de incendios, separando poco cortésmente a los primeros curiosos llegados.

El cuerpo del fulano había quedado boca arriba. El rostro había resultado sin daños apreciables, por lo que resultaba fácilmente identificable.

—¿Lo conoce usted, Olsen? —pregunté.

—Sí. Es un tal Buddy
O'Treigh.
Trabajaba para Curland.

Me puse en pie, frotándome pensativamente la mandíbula.

—Eso quiere decir —murmuré con lentitud—, que a Curland no le interesa que se conozca su paradero. ¿Por qué?

Olsen me miró como preguntándome con el gesto. Pero no podía decirle nada.

—Está bien —dije—. Me llevo el coche. Quédese aquí hasta que venga el forense y los de Identificación para recoger los restos. Yo me vuelvo a la Avenida Cuarta. Reúnase allí conmigo en cuanto

pueda.

—Conforme.

Me abrí paso a viva fuerza y subí al coche. Esta vez no me olvidé de recargar el revólver, a continuación de lo cual llamé a Jefatura, para que vinieran a llevarse el cadáver de Buddy
O'Treigh.
Emprendí la marcha hacia mi puesto de actuación.

Parecía mentira que en el breve transcurso de poco más de dos horas hubiesen ocurrido tantas cosas. Habíamos empezado alrededor de las nueve de la mañana; eran las once y cuarto, más o menos, y ya habían muerto tres personas, amén de dos heridos… Sin contar con el loco que seguía emperrado en su manía de hacer saltar la ciudad por los aires. No, desde luego, no podía quejarme de inactividad.

Mientras volaba hacia el final de la Avenida Cuarta, pensé en Curland. ¿Cómo había sabido que me dirigía a casa de la Fuller? ¿Filtraciones en el Departamento? Esto me preocupaba menos, con ser bastante motivo para que me doliera la cabeza, que la muerte de la Fuller en sí. El asesinato de la provocativa pelirroja demostraba hasta la saciedad que Curland no quería bajo ningún concepto ser conducido a presencia de Loganion. Algo temía… ¿Qué? El diablo lo sabía, yo no, desde luego.

La sirena me abrió paso entre la muchedumbre estacionada en las proximidades de la casa de Loganion. Frené el coche y salté a tierra.

Un hombre acudió a mi encuentro, además del sargento Nichols. Antes de hablar con nadie, lo hice con el sargento.

—¿Qué hay por aquí, Nichols?

—Nada de particular, teniente. Todo sigue igual. El loco está parapetado en el mismo sitio y no ha pestañeado siquiera desde que se fue usted.

—«El Uñas» se me escapó. Di orden de búsqueda general. ¿Han comunicado algún resultado?

—En absoluto, señor.

—Si consigo echarle el guante encima, le daré un buen puñetazo en las narices —dije, rabioso. Entonces reparé en el hombre que había a nuestro lado.

El hombre me enseñó una insignia conocida de sobra.

—Dipensio, de la F. B. I, —dijo—. ¿Teniente Fox?

—El mismo —contesté—. Encantado de saludarle, Dipensio.

—Lo mismo digo, teniente. Escuche, desearía hablar con usted a solas.

—Muy bien, venga acá —aprobé. Me lo llevé a unos pasos de distancia y saqué cigarrillos. Fumamos.

—Mi presencia aquí no obedece a mera casualidad, teniente —dijo el federal—. En realidad, venía para interrogar al profesor Loganion, cuando me encontré con todo este jaleo. Hermoso bollo, ¿eh, teniente?

—Y que lo diga —suspiré—. ¿Qué le pasa con el loco?

—Tenemos sospechas de filtraciones que afectan a la seguridad nacional. Loganion podría decirnos algo… Pero no está en condiciones de ser interrogado, ahora, claro —manifestó el «fed».

—Eso puede apreciarlo usted mismo, Dipensio —dije, señalando con el pulgar hacia la casa—. Tengo entre manos un buen asunto, pero me parece que el suyo no debe ser menos. ¿Puedo saber, en realidad, lo que les sucede?

—Unos documentos importantes han desaparecido. Loganion es por ahora uno de los sospechosos. No acabamos de creer que sea él, pero tampoco conviene fiarse. El profesor estaba entre los que tenían acceso a dichos documentos y, claro, hemos de seguir la pista a quienes pueden habérselos llevado.

—Esto se convierte, al parecer, en un caso de espionaje.

—Mucho me lo temo, teniente —manifestó el «fed».

Miró hacia la casa.

—Y por ahora no podemos hacer nada. ¿Qué es lo que sabe usted, hasta ahora?

Se lo conté todo rápidamente. Al terminar, Dipensio se tironeó del labio inferior.

—¡Hum! De modo que hay gente interesada, al parecer, en que no aparezcan Curland y la fulana. Eso suena a extraño, ¿no le parece, Fox?

—Lo mismo creo yo —respondí—. No se arma tanto escándalo ni se mata a la gente por un simple asunto de faldas…

—¡Déjenme pasar! —gritó en aquel momento una voz—. ¡Teniente Fox, soy yo, Jessica McDye! ¡Diga a sus monos que me dejen pasar!

Dipensio me consultó con la vista.

—Es la secretaria del chiflado —dije. Levanté la mano sin volver siquiera la cabeza, y un segundo después, Jessica estaba de nuevo a nuestro lado.

—¡Buena faena me ha hecho usted, teniente! —explotó la muchacha, indignada—. Dejarme allí, abandonada…

—Amigo Dipensio —dije, sin hacerla demasiado caso—, ésta es la señorita McDye, secretaria del profesor Loganion. Señorita McDye, el señor Dipensio, de la
F. B. I.

—Me lo suponía —dijo ella cortantemente—. Lo raro es que no hayan intervenido antes.

Dipensio se picó.

—Explíqueme usted eso un poco mejor, señorita McDye —dijo.

—Pues que tendrían que haber vellido antes aquí, a ver si ustedes tienen más habilidad para sacar al profesor de ahí —contestó la muchacha, mirándome con gesto duro.

—Lamento tener que decepcionarla, señorita, pero mi misión no es sacar de ahí al profesor. Eso es cosa del teniente Fox.

—Entonces, ¡estamos perdidos! —exclamó Jessica, desalentada.

—No tanto —gruñí, irritado. Consulté el reloj; eran ya las once y media. A las dos acababa el plazo que nos había marcado el loco—. De todas formas, aún queda tiempo.

—Eso, si no se desmaya antes —dijo la muchacha, de modo sorprendente.

—¿Eh? —exclamamos Dipensio y yo al unísono.

—Sí. El profesor tenía la tensión muy baja últimamente y había sufrido, durante la semana pasada, un par de lipotimias… desmayos, para que lo entiendan. Si se desmaya, caerá al suelo, tirará del alambre, soltará el seguro y…

Empecé a sudar como si me hallara en una caldera de agua hirviendo y los antropófagos estuvieron bailando la danza del estómago «a llenar» a mi alrededor.

—¡Jesús! —exclamó el federal, pálido como un difunto.

—¿Es cierto eso que ha dicho, señorita McDye? —pregunté, helado de pánico.

—Completamente cierto —respondió ella con acento que no dejaba lugar a las dudas.

Me pasé la mano por el rostro y la retiré chorreando. Mientras me la enjugaba con un pañuelo, Dipensio dijo:

—¿Qué sabe usted del profesor y de su novia?

—Últimamente estaba muy nervioso. Sus palabras, a veces, carecían de coherencia. Quise sugerirle la conveniencia de un descanso, pero me dijo que me metiera en mis cosas. Estaba, además, la enfermedad de su madre, que le traía bastante preocupado…

—¿Pensaba casarse pronto con Sweetie Randall? —pregunté yo.

—Ésos eran sus planes —contestó la muchacha, volviendo el rostro hacia mí—. Incluso había ordenado que le hicieran un estudio para hacer reformas en esa casa y vivir en ella después de su matrimonio con la señorita Randall.

—¿Qué sabe usted de ella? —preguntó el «fed».

—No gran cosa, excepto que es muy hermosa. Pero no me chocaría nada que, además de hermosa, fuese también ambiciosa.

—Y el sueldo de un científico —exclamé, pensando en las ventajas de que disfrutan los sabios en otro país que no hay por qué nombrar—, no es gran cosa, aquí en
U. S. A.
Por si fuera poco, esas gentes del Congreso se quejan de que no hacen más que gastar dinero.

—En su pecado llevan la penitencia —sentenció el «fed». Luego miró a la inmensa muchedumbre que rodeaba el lugar—. Esas gentes, ¿es que no se dan cuenta de lo que pasa, teniente?

Me encogí de hombros.

—Seguro que no acaban de creer lo de la bomba atómica —contesté—. Esto no impedirá que en el último momento, se maten todos por querer largarse de la ciudad.

Un agente vino con un radioteléfono en la mano.

—Teniente, el sargento Madison dice que no encuentra el menor rastro de Gene Curland.

—Contéstele que vaya quitándole el polvo al uniforme de patrullero —rezongué.

Luego levanta la vista hacia la casa en donde tenía apostados a dos agentes. Era una construcción de cuatro pisos, situada casi frente a la de Loganion.

—Vamos arriba a echar un vistazo, Dipensio —dije. El «fed» me

siguió. Pegada a nuestros talones, vino también Jessica.

Subimos rápidamente al cuarto piso, cuyos moradores estaban gozando de las delicias del espectáculo en primera fila. Penetramos en la habitación donde estaban los agentes.

Uno de ellos acudió a recibirme.

—Ninguna novedad por ahora, teniente.

—Gracias, Burke. Déjeme sus prismáticos —pedí.

Burke me entregó los binoculares. Me fui hasta la ventana y, colocándome en un lado de la misma, escruté el espacio frontero.

El aparato óptico me aproximó notablemente las imágenes. El segundo piso de la otra casa venía a quedar, más o menos, a la misma altura que aquél en que estábamos. La ventana estaba abierta de par en par, dejando ver una espaciosa habitación, en cuyo centro había una gran mesa de madera. Sobre la mesa había un extraño artefacto, cuya sola vista me aterró.

Miré durante unos instantes en completo silencio. Luego dije:

—Señorita McDye.

—¿Sí, teniente?

Le pasé los gemelos.

—Mire usted y dígame si aquel artefacto es la bomba atómica.

Ella tomó los binoculares. Estuvo contemplando la habitación durante unos segundos y luego volvió el rostro hacia mí. Dipensio miró a su vez a través del aparato óptico.

—Sí —dijo Jessica, con el rostro más blanco que la cera.

Cuando Dipensio hubo terminado el examen, volví a miran. Tragué saliva.

No entiendo gran cosa, pero lo que podía ver era muy sencillo. Dos medias bolas de un metal gris plateado, de unos diez o doce centímetros de diámetro, cuya parte plana brillaba como el más pulido de los espejos, estaban situadas la una frente a la otra, separadas entre sí por una distancia de unos cincuenta centímetros. Cada bola estaba montada en una especie de soporte de forma prismática triangular, hecho con menudas viguetas de acero, muy parecidas a las de los «meccanos» infantiles, cuyo soporte se apoyaba, a su vez, en unos raíles atornillados directamente sobre la madera de la mesa. La estructura de cada soporte disponía de unas minúsculas ruedecillas a fin de que pudiesen deslizarse sin inconveniente por los rieles, los cuales harían de guía en el

momento del disparo.

Uno de los soportes tenía tras sí un potentísimo muelle, el cual había sido tensado previamente hasta su total comprensión, quedando asegurado después por medio de una uña eléctrica que aparecía en posición vertical sobre el extremo más próximo a la media bola del ponzoñoso plutonio. En la parte superior de la uña se veía una menuda anilla a la cual estaba sujeto un alambre apenas visible, excepto en el trozo donde le hería directamente la luz, que era exactamente frente a la ventana. El alambre iba, en posición horizontal, desde la uña metálica hasta la parte izquierda de la ventana, en cuyo antepecho se veía descansando el brazo de un hombre.

Entre las dos semiesferas de plutonio se veía una pesada hoja de plomo, de casi tres centímetros de grueso por veinte de lado. Supuse que debía ser Ultra-P y que el profesor lo había colocado allí para evitar que las radiaciones de una media bola afectaran a la otra. La hoja de Ultra-P estaba en posición inestable, conectada también por el mismo alambre a la uña de seguridad. En el momento del tirón, el Ultra-P caería y las dos bolas chocarían entre sí. Entonces se alcanzaría la masa crítica y, ¡todos a volar hasta el Valle de Josafat!

La construcción me demostró que Loganion había estado meditando aquello durante largo tiempo, posiblemente desde que se enteró de la infidelidad de la Randall. Pero ¿qué clase de ideas monstruosas se habían forjado en el cerebro de aquel loco como para poner a una ciudad de cuarenta mil habitantes en el trance de ser arrasada? ¿Qué ocurriría si de repente le acometía un desmayo por falta de presión arterial?

—Espero —dijo el «fed» a mi lado, muy lentamente, como adivinando mis pensamientos— que la emoción y los celos eleven lo suficientemente su tensión como para no temer un desvanecimiento.

Recé fervorosamente para que así fuera. De lo contrario…

En aquel momento sonó el megáfono.

—¡Miren sus relojes! —bramó el chiflado—. ¡Sólo restan ya dos horas y veintidós minutos!

¡Y no teníamos el menor indicio de dónde podían hallarse los fugitivos! ¿Qué sucedería si habían conseguido forzar el cordón de vigilancia y habían logrado escapar de la ciudad? ¿Cómo hacerle

creer a Loganion la verdad de lo ocurrido y que desistiera de sus insanos propósitos?

En aquel momento oí ruido de motores. Miré hacia el sur. Una columna de automóviles militares llegaba a la ciudad.

—¡Lo que nos faltaba! —exclamé, dándole al sombrero una vez más con la mano. Giré en redondo y eché a correr escaleras abajo, seguido por Jessica y el federal.

CAPÍTULO VIII

El coronel Farquehart era un tipo de recia complexión, aunque de mediana estatura, rojo como un tomate y poseedor de la creencia que era el amo de medio Norteamérica por la gracia de su rango militar. Mandaba la columna de camiones atestados de policías militares, con tales pertrechos, que daban la sensación de ir de nuevo a la guerra.

—Soy el jefe de seguridad de la base donde trabaja el profesor Loganion —rijo altivamente— y vengo a hacerme cargo de las operaciones de rescate del profesor. A partir de este momento —añadió—, todos ustedes quedan bajo mi mando.

—¡Narices! —contesté—. Nosotros no vestimos uniforme y, además, en la ciudad mando yo. Le permitiré que nos ayude a conseguir que ese loco no haga estallar su bomba, pero nada más.

El rostro de Farquehart se puso de color violeta; rojo, era ya imposible.

—Teniente Fox —barbotó—, ¿es que no se da usted cuenta de la situación? ¡Ya le he dicho que soy el jefe de seguridad…!

—¿Pero qué seguridad es la suya, cuando han permitido que un químico se les lleve los materiales necesarios para construir una bomba atómica? ¿Dónde tenía usted los ojos? ¿En el escalafón, esperando el ascenso? Esta ciudad es ahora mía y en ella mando yo. Si quiere ayudarme, bienvenido sea; de lo contrario, ya pueden largarse usted y sus guapos maniquíes de uniforme militar. Si fueran lo que dicen, ese asno no estaría ahí, amenazando con volarnos a todos.

Mi contundente réplica afectó notablemente la estabilidad del coronel. Sabía que se había metido en un mal paso; la fuga de Loganion con el material escindible le iba a costar un buen disgusto,

y ahora trataba de enmendar su piña convirtiéndose en el héroe del rescate. ¡Al diablo si se lo consentía!

—Está bien, teniente —dijo, algo más amansado—, nosotros sólo queremos colaborar…

—Si lo que dice no es pura palabrería, atiendan en todo, mis indicaciones y las de mis agentes. Y —extendí el dedo índice, muy furioso por la intromisión del Ejército en mi tarea— le aseguro que mis hombres no obedecerán en absoluto otras órdenes que no sean las mías.

—De acuerdo —contestó Farquehart—. Ahora, dígame lo más conveniente, para ejecutarlo en el acto.

—¿Cuántos hombres trae usted, coronel?

—Compañía y media; en total, unos ciento sesenta hombres.

—Muy bien —dije—. Distribúyalos en cerco en torno a la casa, a una distancia mínima de ciento cincuenta a doscientos metros. Una cosa esencial; nadie debe disparar un tiro por ningún concepto, ni aun cuando el profesor Loganion se hinche de tirar contra nosotros. Recuerde que hay una bomba atómica montada y que el menor error puede hacernos volar convertidos en cenizas. El cerco ha de ser total; nadie que no tenga una misión específica que cumplir deberá pasar a un lado o a otro sin mi previa aprobación, ¿estamos? Mantenga el enlace con mis hombres por radio y, en caso de duda, pídame aclaración, y… —Le miré fulminantemente—. ¡No trate de hacerse el héroe!

Vino un hombre hacia mí con un documentó en la mano.

—Burton, de «True Detective» —dijo—. Teniente, cuando se acabe todo, publicaremos en mi revista la historia de lo sucedido. Éste es un contrato de exclusiva…

—¡Váyase al infierno! —dije, volviéndole la espalda.

Un agente me entregó el teléfono.

—Señor, Souvac le llama —dijo.

Mientras respondía a la llamada, consulté el reloj; ya sólo quedaban dos horas y dieciséis minutos. Poca cosa ciento treinta y seis minutos para conseguir lo que deseábamos.

—Fox al habla —dije.

—Teniente, tengo aquí conmigo al señor DeVryss. Quiere marcharse de la ciudad, pero como sé que usted desea verle a todo trance, no se lo he permitido.

—¡Bien hecho, Souvac! —exclamé—. Reténgale ahí hasta que vaya yo a interrogarle.

Una voz chillona interrumpió mis palabras.

—¡Teniente, soy el alcalde DeVryss! ¡Todos ustedes están bajo mis órdenes, recuérdelo! ¡Les ordeno que me dejen marchar en el acto…!

La voz del alcalde se interrumpió de pronto. Al otro lado del hilo sonaron unos gritos confusos.

—¡Eh! —Escuché a DeVryss—. ¿Qué hacen esos locos…? ¡Cuidado!

Las últimas palabras del alcalde se convirtieron en un chillido aterrador. A través del teléfono pude escuchar claramente el fragor de un rapidísimo tiroteo. Luego sentí claramente un fuerte chasquido y ya no pude oír más.

Devolví el teléfono al agente.

—¡Olsen, Sánchez! —llamé a voz en grito—. Nichols, haga que venga con nosotros una ambulancia y un médico. Souvac y su pareja han sido atacados por unos forajidos.

Olsen había vuelto de Forrest Hills no sé cómo, pero allí estaba igual que siempre, serio, impenetrable y eficiente. Sánchez surgió con su inseparable tommy-gun al puño.

Subimos al coche. Dipensio quiso venir con nosotros, cosa que aprobé. Cuando ya iba a cerrar, Jessica me tiró de la manga.

—Teniente.

Volví la cara.

—Usted —dije—, suba al cuarto piso y vigile los menores movimientos de Loganion. ¡Nichols, haga que los hombres que están ahí obedezcan todas las indicaciones de la señorita McDye!

—De acuerdo, teniente.

Una vez más, Olsen volvió a sentirse en Indianápolis. Antes de haber rodado cien metros, ya íbamos a noventa por hora. La aguja del contador subió a ciento cuarenta por el centro de algunas calles de la ciudad, desiertas en aquellos momentos.

El sol caía como fuego líquido sobre el asfalto. Detrás de nosotros, la sirena de la ambulancia añadía su ululante estridor al de la nuestra.

Atravesamos la ciudad en un santiamén. Llegamos a la entrada de la carretera veintiuno, haciendo apartar a sirenazos a los

curiosos. Sánchez se tiró del coche tan precipitadamente, que cayó y dio una voltereta sobre sí mismo, pero se levantó ágilmente, de un salto magnífico.

Corrimos hacia el puesto de control. Antes de llegar a él, ya divisamos un cuerpo tendido en el suelo, en medio de un lago de sangre. Las gafas de oro de pinza qué el alcalde solía llevar habitual y relamidamente brillaban sobre el asfalto de la carretera. Sentado en el estribo del patrullero, uno de los agentes estaba siendo atendido por Souvac y su compañero. El policía tenía, al parecer, un hombro atravesado. La mano de Souvac goteaba sangre, pero muy escasamente.

El médico y los enfermos corrieron hacia el lugar de la batalla. El médico se convenció enseguida de que por DeVryss no había nada que hacer y dedicó todos sus esfuerzos a atender al policía herido.

—Bien —dije a Souvac, a quien uno de los enfermeros estaba poniendo un vendaje provisional en la mano herida; era sólo un rasguño de bala—; cuénteme lo sucedido.

—No hay mucho que relatar, señor —dijo el policía.

Se le veía bastante fastidiado por lo ocurrido. —Vimos venir un coche apenas había llegado el señor DeVryss… Era cuando estaba hablando con usted, señor. El conductor del coche pareció pensárselo eso de marcharse de la ciudad y dio media vuelta desde diez o doce metros de distancia. No tenía gran importancia su gesto, ni tampoco se lo concedí; algunos lo han hecho esta mañana… De pronto, un tipo sacó una metralleta y empezó a regarnos de balas. Curly— señaló con la cabeza al herido —era el que más cerca estaba del alcalde y recibió un balazo. Forbes y yo empezamos a tirar contra el coche, pero se nos escabulló antes de que pudiéramos conseguir algo positivo… El señor DeVryss recibió de lleno la descarga… No pudo ni quejarse siquiera…

Miré pensativamente el ensangrentado cadáver del prevaricador alcalde. Era evidente que los tentáculos de Curland alcanzaban muy lejos y el tipo no quería correr el menor riesgo de ser descubierto. ¿Tenía aquello algo que ver con los documentos de que me había hablado el «fed»?

—¿Reconocieron ustedes a los ocupantes del coche?

Curly, el herido, levantó el brazo sano. El médico rezongó algo

entré dientes.

—Señor —dijo—, me pareció que el conductor era Chris «El Uñas». No estoy seguro, porque todo ocurrió muy rápido; pero casi sería capaz de apostar la paga de un mes a mi favor.

—Ésa es una buena noticia —dije.

Entonces, el habitualmente silencioso Olsen habló:

—«El Uñas» suele acudir a dos sitios con preferencia a todos los demás, con excepción, claro está, del local de su jefe.

Me volví hacia el conductor.

—¿Usted sabe cuáles son?

—Sí, teniente. «El As de Trébol» y la «Sala Víctor».

—Conforme. —Consulté el reloj; sólo quedaban dos horas y tres minutos. ¡Cuán corto se me hacía aquel espacio de tiempo!—. Vamos para allá. Souvac, ¿puede continuar aquí?

—Claro, señor.

—Le mandaré un par de agentes de refuerzo, Curly, al hospital con él. —Y salimos arreando hacia el primero de los lugares citados.

En lo que a mí respecta, no hacía otra cosa que consultar incesantemente, como fascinado, las manecillas del reloj. Me parecía que avanzaban con grandísima, rapidez y en aquellos momentos me hubiera gustado ser un segundo Josué para detener el avance del sol, que caminaba velozmente hacia el meridiano.

Llegar al primero de los locales citados, «El As de Trébol», nos llevó exactamente tres minutos y medio. Yo, Dipensio y Olsen, nos tiramos del coche en tromba. Sánchez quedó en la puerta, guardándola metralleta al puño. Penetramos huracanadamente, sorprendiendo a los pocos clientes que había a aquellas horas en aquel infecto tabernucho, contemplando el resultado de la operación a través de la TV.

Me fui derecho al bar y me encaré con el camarero.

—¿Dónde está el «El Uñas», Mac? —inquirí:

Mi imagen había sido sobradamente difundida por la TV para que el fulano no me reconociera al instante.

—Lo siento, teniente Fox; hoy no le he visto. Además, «El Uñas» no es tipo que madrugue tanto. Hasta casi la noche no suele venir por aquí.

—No me engañes, Mac, no estoy de humor de bromas —dije.

—Se lo juro, teniente —intuí que el barman decía la verdad—.

Hoy no…

—Está bien —dije, rabioso. Nuestro primer golpe había fallado —. Si viene por aquí, procura detenerle como sea.

Y me dirigí hacia la salida; era obvio que allí no teníamos nada que hacer.

El barman me llamó antes de completar el giro.

—¡Teniente!

—¿Qué hay, Mac?

—¿Está metido «El Uñas» en ese jaleo?

—No; le busco para que me venda boletos para la rifa benéfica de mañana —dije, enseñando los dientes.

—¿Es cierto… —El barman tragó saliva— lo de la bomba atómica de ese chiflado?

—¿Usted, qué cree, Mac? —dije, y salí. Con el rabillo del ojo pude ver a los escasos clientes que se atropellaban en su ansia por seguirme. Si cundía el pánico…

—¡Vamos, a la «Sala Víctor»!

Aquellas horas no eran tampoco propicias para los madrugadores como «El Uñas». En los billares había un par de tipos dándole a los tacos, y en el mostrador, una fulana trataba de conseguir del camarero una substanciosa rebaja en el precio de su consumición, mediante el insinuante procedimiento de demostrarle que sus medidas torácicas no tenían nada que envidiar a las de doña Sofía.

El barman estaba baqueteado y no hacía mucho caso, pese a que había dónde hacer caso. Pero se trataba de una consumición y en este aspecto, los barman son inasequibles al soborno visual.

También me reconoció al instante. Vino hacia nosotros y empezó a fregar innecesariamente el mostrador.

—Hola, teniente. Mucho calor, ¿eh? ¿Qué tal unas cervezas bien frías para combatirlo?

—Está bien —dije—. Sirva cuatro. ¡Al diablo con las ordenanzas! El caso no era corriente y bien podíamos vulnerar el reglamento que nos prohíbe beber estando de facción.

El barman trajo cuatro botellas. Hacía calor. Bebimos.

—¿Dónde está «El Uñas»? —pregunta después del primer trago.

—En su casa, a estas horas, seguro —respondió el barman—. Nunca aparece aquí antes de las cuatro de la tarde.

—En su casa no está, de ello estoy seguro —respondí—. ¿Lo ha visto usted?

—No, teniente, se lo aseguro. —También éste parecía sincero.

Miré a mis acompañantes. Durante unos momentos no se oyó allí otra cosa que el entrechocar de las bolas en la mesa de billar.

De pronto oí una voz.

—¡Eh, policías!

Volví la cabeza. Era la fulana del rincón del mostrador.

—¿Buscan a Chris «El Uñas»? ¿Para qué lo quieren?

—Tenemos un vivo interés en conseguir su autógrafo —dije con una mueca.

Se bajó del taburete y caminó hacia nosotros con el balanceo que tanto ha popularizado la Monroe. Trataba de parecer insinuante, pero lo único que consiguió, al menos respecto a mí, fue inspirarme repulsión.

—Yo puedo decirles dónde encontrarán a Chris —manifestó la mujer al hallarse frente a nosotros. Levantó el brazo para apoyarlo en el mostrador; el sudor había dejado huellas húmedas en la sobaquera de su vestido rodeadas de un blanco cerco de salitre.

—Bien, hable —dije. Saqué cigarrillos y ella esperó a que tuviera encendido el mío para quitármelo y ponérselo en sus labios pintarrajeados. Aspiró el humo y me lo echó a la cara.

—¿Qué le harán si le pescan, teniente? —preguntó.

—Condecorarle. Probablemente la Medalla de Honor del Congreso —dije.

—Avíseme, iré a aplaudir.

—No podrá hacerlo si no nos dice dónde está.

—En su casa, no, con toda seguridad.

—¿Cómo lo sabe?

—Oí decir por la TV que usted y él habían discutido. Naturalmente, no se le ocurriría encerrarse allí.

—¿Entonces…?

La fulana señaló al barman con el cigarrillo.

—Hace calor —dijo— y tengo sed.

—Chico —dije al barman—, abreva a esta vaca.

Ella no pareció ofenderse demasiado por la comparación.

—¡Gracioso, teniente! —dijo.

Esperé a que viniera el barman. Las bolas continuaban con su

monótono
«tac-tac».

El camarero vino con una botella de dinamita líquida. Fue a servirle el licor en el vaso, pero ella le quitó la botella de las manos.

—Trae acá, Puppy —dijo—. La ciudad paga, ¿no es eso, teniente?

—Claro. Vamos, dispare ya, belleza.

—¿Se les ha ocurrido mirar en el
«Tijuana's»,
teniente?

Enarqué las cejas, muy sorprendido.

—¿El local de Curland?

—Exactamente.

—Ahora está cerrado. Terminan cerca del amanecer y no lo abren hasta mediodía de nuevo. Las de la limpieza lo dejan todo listo a las diez de la mañana y luego se marchan. Además, allí no hay sitio para esconderse.

La vaca suiza exhaló una corta risita, llena de sarcasmo.

—¡No hay lugar dónde esconderse! —dijo, remedándome—, ¡si supiera la mitad de las cosas que yo sé acerca del
«Tijuana's»…!

—Bien, y por qué no me las cuenta, «*Miss*»… ¿«*Miss* Billares»?

Ella se animó con un trago de sesenta segundos de duración. ¿Tenía el estómago forrado de cerámica refractaria?

—Vaya al
«Tijuana's»,
teniente. Cruce la sala de baile; pase las cocinas y busque en el almacén de los trastos. Si «El Uñas» no está allí le dejo que me afeite la cabeza.

—De modo que detrás de las cocinas, ¿eh?

—Sí, teniente. Busque allí; algo encontrará:

Miré a Dipensio. Éste parpadeó en señal de asentimiento.

Antes de partir, no obstante, quise hacer la última pregunta:

—¿Cómo se ha enterado usted de esas particularidades, «*Miss* Billares»?

El rostro de la mujer se convulsionó repentinamente.

—El muy hijo de perra prometió casarse conmigo —barbotó colérica—. Luego me dejó plantada… y, además, me llamó gorda.

¿Qué le parece?

—Chris hizo mal en dejarla abandonada, «*Miss* Billares». Y en lo de gorda, tampoco tuvo razón. ¡Vámonos, muchachos!

Llegábamos a la puerta cuando la fulana me llamó.

—¡Teniente! —dijo, alisándose el vestido con las manos por la parte de las caderas—. ¿De veras estima que no estoy gorda?

—Claro que no, «*Miss* Billares». ¡Está… gordísima! —Y salí, perseguido por un vaso que se estrelló ruidosamente junto al vano de la puerta.

CAPÍTULO IX

Llegamos al «Tijuana's» cinco minutos después. Me pareció absurdo que, después de tantas vueltas, nos hallásemos de nuevo a ciento cincuenta metros escasamente de la casa donde el loco aguardaba pacientemente a que transcurriese el plazo señalado para hacer detonar la bomba.

Electivamente, el «Tijuana's» estaba situado en uno de los extremos de la calle Clarkson, teniendo delante de su fachada, ante la cual había una gran explanada para el aparcamiento de los vehículos, los selváticos jardines que rodeaban la casa de Loganion. Hasta entonces me había pasado como cuando uno está empeñado en la solución de un problema de palabras cruzadas y, embotada la mente, se estanca ante la palabra más fácil.

Todo el tiempo habíamos estado viendo el «Tijuana's» desde el otro lado. Por supuesto, buena parte de la culpa la tenía mi subconsciente, al decirme de manera puramente mecánica que ni Curland ni los otros podían estar allí porque era hora de cierre. Pero, por otra parte, ¿dónde esconderse mejor que en aquel sitio?

La barrera de soldados pasaba a veinticinco metros por delante de la fachada del local, cuyas letras luminosas semejaban unos esqueletos de palabras bajo la ardiente luz del sol. Un poco más allá estaba el puesto de control de la policía.

Al otro lado, a trescientos y pico de metros, podía ver el remolino de la gente: policías, periodistas, fotógrafos, cameramen y los camiones de radio y TV. Y, sobre la diminuta colina, la casa de

pizarra, dominándonos a todos con su sombría amenaza, muda y silenciosa como la imagen del mal irrumpiendo bruscamente en un ambiente de paz y alegría.

Bajamos del coche. Tal como pensábamos, las puertas del local estaban cerradas a cal y canto. La casa donde Curland había instalado su antro de diversiones, juego y cosas peores era muy amplia y disponía de dos plantas. Una o dos veces la habíamos allanado, pero el dinero de su dueño, pródigamente distribuido, había silenciado toda posible acusación. Buena parte de aquel dinero había ido a parar a los bolsillos de DeVryss…, al cual ya no le servía para nada, y otra parte estaba en el Banco a nombre de Madison. Estoy seguro de que había sido Madison el que había avisado a Curland de nuestros propósitos de registrar el local cada vez que lo habíamos intentado, por lo que nuestro trabajo había resultado completamente estéril. No me extrañaba, pues, que el corrompido sargento no hubiese encontrado a Curland. O no hubiera querido encontrarlo, que era muy distinto.

Vacilé un momento delante de las puertas. Estuve por llamar a Farquehar para ver si se había traído un «bazooka» con sus preciosos soldaditos, pero me dio vergüenza hacerlo, a última hora.

De pronto, Olsen, el inapreciable Olsen, lanzó un grito.

Volvimos el rostro. ¿Dónde se había metido?

Olsen volvió a gritar.

—¡Venga, teniente! —dijo.

Echamos a correr y doblamos la esquina norte. El agente se encontraba en el lado opuesto, en la siguiente esquina.

—Hay aquí una ventana abierta, teniente —dijo, moviendo la mano como para acelerar nuestra carrera.

Llegamos a la esquina y giramos al otro lado. Olsen estaba ya metiéndose dentro del local.

Miré a derecha e izquierda.

—¿Cómo han venido esos tipos? —mascullé.

La parte trasera del «Tijuana's», que era donde nosotros estábamos, no podía ser vista en modo alguno desde el otro lado. No se veía el menor rastro de coche por ningún sitio, lo cual me hizo suponer que «El Uñas» y sus compinches habían dejado el automóvil bastante más lejos con el

fin de no llamar la atención… si es que estaban allí, cosa que no podía asegurarse por el momento.

Estaban. Sonó un disparo en el interior del local.

Olsen, que se había asomado a la ventana en tanto duraba mi corta exploración, se metió adentro de nuevo. Yo salté por encima del antepecho y me siguieron Dipensio y Sánchez.

Dos disparos más sonaron, en la parte opuesta del local, algo amortiguados por un obstáculo, posiblemente una puerta. Sin necesidad de orlen alguna, nos dispersamos, avanzando por entre las mesas desocupadas, las armas a punto, hacia el lugar donde habían sonado los estampidos.

De pronto, una puerta se abrió. Un hombre se agarró con mano convulsa al batiente. Tenía el pecho cubierto de sangre y con la otra mano empuñaba un revólver de reglamento.

—¡Cuidado! —exclamé—. ¡Es Madison!

El sargento disparó dos veces hacia adentro. Su rostro estaba completamente blanco. Alguien tiró contra él desde el interior. El cuerpo de Madison se estremeció horriblemente.

Madison retrocedió un par de pasos, tambaleándose de modo espantoso. La puerta estaba situada en la parte opuesta del local y era la que daba a las cocinas. Así, pues, la fulana de «Sala Víctor» había tenido razón.

El suelo de las cocinas estaba situado a un metro sobre el nivel general de la sala. En torno a ésta había una especie de palcos con mesas, con el fin de permitir a los espectadores una mejor visión de las atracciones que allí se daban. Madison cruzó aquel pequeño espacio, pero antes de llegar a las escaleras se desplomó de costado. El revólver se le escapó de las manos y rebotó por el suelo pulido y espejeante.

Rodó un par de veces, chocando contra los escalones. Su cuerpo se retorció con los últimos espasmos de dolor. De pronto nos vio.

Levantó: la mano, intentando señalar hacia la cocina. En su boca se veía una rosada espumilla.

Avanzamos hacia él a todo correr. Súbitamente, un tipo armado con una pistola automática apareció bajo el dintel de la puerta.

—¡Ese maldito bastarlo…! —decía.

Y de repente nos vio.

Su gesto fue instintivo. Levantó la mano armada y nos apuntó

con la pistola.

Cometió un error; no haber advertido a Sánchez y a su «Thompson». La metralleta emitió un ronco bramido.

El fulano recibió la salva en el estómago. Alzó los brazos con gesto despavorido, en tanto que sus ojos se le desorbitaban por el dolor y el pánico. Los pesados proyectiles de 45 le empujaron hacia atrás con gran violencia. Lanzó un horrible alarido, que fue acallado por el fragor de los disparos y luego, girando rápidamente sobre sí mismo, se estrelló de bruces contra el suelo. La puntera de su zapato derecho empezó a batir espasmódicamente el suelo. El sonido era espeluznante: «toc-toc-toc…», hacía.

Corrí hacia Madison, arrodillándome a su lado. ¿Qué diablos había ido a hacer allí?

El desdichado tenía tres balazos en el pecho. Eran mortales de necesidad y agonizaba rápidamente.

Abrió los ojos al sentirme junto a él. Quiso volver el rostro hacia la puerta de las cocinas, como si tratara de decirme algo. Incluso abrió la boca, pero no pudo hacer otra cosa que emitir unas burbujas encarnadas. De pronto, sufrió una fuerte convulsión y murió.

Me puse en pie, crispando la mano sobre la culata del revólver. Fuera como fuese, Madison había sido uno de mis hombres y aquellos canallas lo habían asesinado. Su muerte no quedaría impune, me prometí, en tanto avanzaba hacia la puerta de las cocinas.

En aquel momento oímos un grito y luego el ruido de unas botas. Nos volvimos; era un oficial de la policía militar con uniforme y equipo de campaña, seguido de un par de soldados con todo el aspecto de ir a des: embarcar en Guadalcanal.

—¿Eh? ¿Qué diablos sucede aquí? —preguntó el oficial.

Me volví hacia él.

—Se ha producido un tiroteo y han muerto dos hombres, capitán —dije—. Soy el teniente Fox, de la policía de Palmer Springs.

El capitán contempló los dos cadáveres con aire desconcertado.

—¡Diablos! ¿Es esto la guerra? —preguntó.

—Sí —repliqué—. Y usted tiene en esta guerra un papel principal. Rodee la casa con sus hombres y procure que no entre ni salga nadie sin mi permiso. ¡Pronto, capitán!

—Eh, oiga, poco a poco —gruñó el tipo, muy sulfurado—. Yo sólo recibo órdenes…

Me mordí la lengua por no soltarle una barbaridad.

—Haga lo que le digo —troné— o le costará caro. ¡Vamos, Dipensio!

Cruzamos rápidamente el espacio que había entre nosotros y la puerta de las cocinas y saltamos por encima del cadáver del pandillero. Antes de entrar, Sánchez, a indicación mía, soltó una ráfaga con su tommy-gun. Los cacharros volaron por el aire con tremendo estrépito.

Aún no se habían apagado los ecos de los tiros, cuando ya me había precipitado al otro lado de las cocinas, irrumpiendo en aquella parte como una tromba, seguido de Dipensio y los dos guardias. Pero no había nadie allí.

—Por lo menos —dije—, hay uno que se ha escondido.

—«El Uñas» —murmuró Olsen.

Asentí con la cabeza. Miré en torno mío. La cocina, enorme, tenía tres puertas. ¿Por cuál de ellas había huido «El Uñas»?

Moví la mano izquierda y me acerqué a la primera de las puertas. En completo silencio, hice una señal a Sánchez, el cual se situó frente a la puerta, con la «Thompson» lista. Dipensio estaba un poco a su izquierda, con el 38 preparado. Olsen se hallaba a mi lado y a una indicación mía, asió la manija de la puerta.

—Abra —dije de repente.

La puerta se abrió y en el acto una bocanada de aire helado salió de allí.

—Es la frigorífica —dijo el «fed».

Asomé la cabeza; sólo se veían alimentos y conservas. Olsen cerró cuando nos hubimos cerciorado de que allí no había nadie.

La segunda puerta era la de una especie de bodega, llena de botellas de todas clases. También estaba vacío aquel cubículo.

Quedaba una puerta todavía. Después de franquearla con las debidas precauciones, nos encontramos con un cuarto oscuro y sin ventilación alguna, destinado a vestuario y almacén de trastos viejos. Había unos cuantos armarios metálicos, en donde los camareros guardaban sus ropas antes de ponerse el uniforme de servicio, así como tres o cuatro cajones de embalaje vacíos.

—¡Bueno! —dijo el federal, echándose el sombrero hacia atrás

con el cañón del revólver—; tampoco aquí hay nadie. ¿Es que esos tipos poseen la propiedad de esfumarse como si fueran fantasmas?

—Quizá hayan podido huir por alguna de las ventanas de la cocina —dijo Olsen.

—Posiblemente —dije—. De todas formas, no estaría de más que le echásemos un vistazo a esto.

Retiramos todos los cajones de madera a un lado, sin encontrar el menor rastro de una posible abertura por donde hubiera podido huir «El Uñas». Los armarios roperos estaban igualmente vacíos, con sólo algunas prendas sin importancia.

—Aquella fulana nos tomó bien el pelo —mascullé amargamente.

—A medias solo, teniente. Ella dijo detrás de las cocinas… y hemos encontrado algo, no diga que no —expresó Dipensio.

—Pero no al tipo que queremos encontrar —dije rabioso. Consulté el reloj; eran ya las doce y treinta y dos. ¡Qué manera de correr el tiempo! ¡Ya sólo quedaban ochenta y ocho minutos! ¿Seguiría aquel loco empeñado en su absurdo propósito?

Por pura rutina emití una orden.

—Hay que registrar el piso alto.

Salimos de la cocina, desparramándonos por el local. El registro resultó tan breve como infructuoso.

Nos reunimos de nuevo en la pista de baile. De repente, al dirigirnos hacia la puerta, capté un destello metálico al pie de los escalones que permitían el acceso a la pequeña plataforma situada ante la salida.

—¿Qué es esto? —murmuré, inclinándome a recoger aquel objeto brillante.

Dipensio dijo algo. Yo examiné el objeto con profunda atención. Luego miré al «fed».

—Bueno —dije—, al menos esto ya es una pista, Sweetie Randall ha pasado por aquí.

Y se había dejado su lápiz labial, enfundado en un tubo de oro, con sus iniciales en brillantitos. La «S» y la «R» emitían vivos destellos, destacando claramente contra el áureo metal sobre el cual se hallaban incrustadas las gemas.

—Tanto si iba como si venía —sentenció Dipensio— el hallazgo del tubo de labios demuestra que llevaba prisa.

—Muchísima prisa —concedí, muy abatido. ¿Se había ido? ¿Se había quedado? En aquellos momentos me sentía incapaz de resolver el problema y, más que; incapaz, corto de tiempo.

—Volvamos —decreté al cabo.

El capitán estaba en la puerta, aguardándonos.

Su actitud había cambiado notablemente; con toda seguridad, había recibido instrucciones de Farquehart, a juzgar por el «talkie-walkie» que uno de sus soldados llevaba en las manos.

—La casa está rodeada por completo, teniente —manifestó.

—Gracias, capitán —repuse. Y pregunté—: ¿Sabe si, mientras la registrábamos nosotros, salió alguien del interior?

—No, lo habríamos visto inmediatamente.

—Bien, Queda un individuo escondido. No sabemos dónde, ni tampoco tenemos tiempo para perder buscándolo. Es peligroso y está armado, probablemente con una «tommy-gun». Cuídense de él.

—Lo detendremos como sea, teniente.

—Me gustaría más que lo atraparan vivo. También me gustaría quedarme aquí, pero le repito que no tengo tiempo. En todo caso, si surgiera cualquier novedad, póngase en contacto conmigo inmediatamente.

—Conforme, teniente.

Subimos al coche. Un minuto más tarde estábamos frente a la casa de pizarra.

Farquehart nos salió al encuentro.

—¿Alguna novedad, teniente?

—Sostuvimos una refriega con los forajidos. Matamos a uno de ellos, pero uno de mis hombres, el sargento Madison, murió acribillado a balazos.

—¡Oh! —El rostro de Farquehart expresó una viva consternación.

Madison, me dije. ¿Qué diablos había ido a hacer allí?

Se acercó Nichols.

—¿Qué hacemos ahora, teniente? —inquirió.

—Envíe el furgón mortuorio y al forense al
«Tijuana's».
Hay dos muertos allí…

Había pululando a mi alrededor unos cuantos periodistas y fotógrafos, quienes, al oír aquellas palabras, salieron a todo correr

hacia el
«Tijuana’s».

—¡Madison muerto! —exclamó Nichols—. ¿Qué hacía allí?

—Lo ignoro. Tanto pudo ir a avisar a Curland, como a practicar una investigación por su cuenta. El caso es que uno de los esbirros de Curland lo mató. Nosotros matamos a éste, pero nos hemos quedado sin saber el paradero de la persona que nos interesa. Las personas, mejor dicho.

—¿Tampoco saben nada de la Randall?

—Sabemos únicamente que ha estado allí —contesté, y le enseñé el tubo labial que habíamos encontrado en medio del local.

—Quizá encontraron medio de largarse sin ser vistos —sugirió el sargento.

En aquel instante escuchamos un ruido raro. Provenía del cielo y me hizo levantar la vista.

Los dientes, me rechinaron de rabia. El clásico paleteo de un helicóptero resonó claramente en el ardiente mediodía.

El aparato dio unas cuantas vueltas sobre nosotros y luego se dirigió a la casa de pizarra, sobre cuya vertical empezó a evolucionar, permaneciendo allí como colgado en el aire.

Miré a mi alrededor. Farquehart no estaba ya.

Había, sin embargo, un soldado provisto de «*walkie-talkie*». Se lo arrebaté antes de que el sorprendido individuo tuviera tiempo de oponer la menor resistencia y empecé a llamar frenéticamente al coronel.

—¡Coronel Farquehart! ¡Soy el teniente Fox! ¿Dónde se ha metido usted? ¡Quiero hablarle en el acto! ¿Me oye? ¡Coronel Farquehart! —chillé, el borde del paroxismo.

Farquehart tardó un poco en contestarme. Su voz llegó un tanto distorsionada por el micrófono del transmisor.

—¿Es de ustedes ese maldito helicóptero?

—Sí. Le ordené…

—¡Le dije que no hiciera nada sin mi conocimiento! —bramé—. Dígale al piloto de ese cacharro que se vaya de aquí en el acto o mandaré a mis hombres que lo fríen a tiros. ¿Es que se han creído que están en
Iwo-Jima?

El helicóptero se alejó casi al instante. Devolví el «walkie-

walkie» a su estupefacto propietario y me enfrenté con Bill Quash.

—Teniente —dijo el director de la WNBX—, sería muy conveniente que nos dijera algo. Los televidentes están esperando ansiosamente noticias sobre el particular. No acababan de creer que sea cierto lo de la bomba atómica y desearía confirmarlo para…

—¿Por qué no va y se lo pregunta al chiflado de allá arriba? —mascullé, volviéndole la espalda.

Un fotógrafo vino y me tiró una placa. Luego se me acercó un periodista.

—Johnson, de la «Associated Press» —se presentó—. Dígame, teniente, ¿qué probabilidades tiene usted de dominar al loco?

—Las mismas que usted de complacer a su mujer a fin de mes cuando le pide dinero y no tiene para darle —repuse bracamente.

Agité la mano. Fui a decirle algo a Olsen, pero en aquel momento sonó el megáfono.

—¡Teniente Fox! —llamó Loganion.

CAPÍTULO X

Caminé hacia el vehículo de los altavoces en medio de un completo silencio. Las cámaras de TV espiaron mis pasos.

Eché el sombrero hacia atrás y tomé el micrófono que me entregaba el conductor del automóvil de los altavoces.

—Teniente Fox al habla —contesté.

Era preciso hacer un pequeño intervalo entre cada frase, a fin de permitir un fácil entendimiento de las mismas, debido a los ecos provocados por los alaridos de los megáfonos. La respuesta de Loganion se demoró un segundo.

—Le recuerdo que solamente quedan setenta y nueve minutos —dijo el chiflado—. ¿Dónde están Curland y Sweetie?

Me mordí los labios un momento.

—Lo siento —respondí al cabo—. Estamos haciendo los imposibles para encontrarlos, pero hasta ahora nuestras pesquisas no han tenido el menor éxito.

—Vuelvan la ciudad boca abajo si es preciso, pero tráiganmelos. No olvide que sólo haciendo que acudan esa pareja de traidores podrá salvar usted a Palmer Springs.

—Escuche, Loganion; ¿por qué no me deja ir a hablar con usted? ¿No le parece que hacerlo a gritos resulta un poco ridículo?

—¡No! ¡No quiero que se acerque nadie! ¡Al primero que se meta en mi jardín lo mataré como a un perro!

Miré sombríamente hacia el camino de acceso a la casa. El guardia seguía allí, tendido de bruces, bajo el sol ardiente que estaba a punto de cruzar el meridiano. Un desaprensivo ambicioso, una fulana sin moral y un tipo de cerebro reblandecido habían provocado aquella tragedia. La ciudad tendría que pagar una pensión a la viuda, del muchacho, pero nada de lo que se hiciese

serviría para resucitarlo.

—Loganion, yo también tengo que recordarle una cuestión —dije.

—¿Qué es ello, teniente?

—Su madre. Está gravemente enferma y quiere verle antes de morir. No es una fábula, sino una estricta realidad, se lo aseguro.

—Váyase con el cuento a otro tipo menos tonto que yo, teniente Fox. Han pasado ya dos minutos. ¿Se da cuenta de lo que quiero decirle?

Y cortó.

—Devolví el micrófono al guardia con gesto lúgubre. Miré a la casa una vez más.

De pronto sonó una voz.

—¡He de pasar! ¡No, no me importa quién sea usted! ¡Cumplo una obligación nacional y no tolero que ningún estúpido policía me impida llevar a cabo mi deber! ¡Aparte sus manazas de encima, idiota!

Corrí hacia donde se estaba produciendo el alboroto.

—¿Qué pasa? ¡Fuera todos de aquí! ¿Quién es ese tipo que chilla tanto?

Un congestionado policía me trajo por el brazo a un no menos congestionado individuo vestido con el uniforme de los repartidores de telegramas.

—Traigo un mensaje urgente para la señorita McDye. Me dijeron que está aquí…

—Démelo —dije, tomándole el telegrama y el lápiz antes de que el tipo pudiera Oponer la menor resistencia. Firmé el recibo y se lo devolví—. Ahora ya puede largarse; su deber está cumplido. Firmado: Burl Fox, teniente de policía.

—Pero…

—Yo se lo entregaré a la señorita McDye. ¡Fuera!

El mensajero huyó aterrorizado.

Me abaniqué el rostro con el sobre amarillo, en tanto que levantaba la Vista hacia la casa donde estaba Jessica. Luego, abriéndome paso entre los curiosos, me dirigí a la puerta de la misma.

Una mujer salió en aquellos momentos del edificio. Iba cargada con una pesada maleta y un saco de mano.

—Teniente Fox, ¿es cierto que ese tipo de ahí quiere hacer estallar una bomba atómica?

Enseñé los dientes con el máximo de cortesía.

—No; es que está llamando la atención para ver si así consigue un contrato de sabio atómico para el Gobierno soviético.

Entré en la casa y subí al cuarto piso. Jessica me salió al encuentro.

—¿Teniente?

—Las noticias que tengo no son buenas —dije. Me despojé de la chaqueta una vez le hube entregado el telegrama y me acerqué a la ventana.

Tomé los prismáticos y miré a través de los mismos. El loco continuaba igual, junto a la ventana, situado a un par de metros escasos de la bomba atómica. Desde luego, si no conseguíamos sacarlo de allí, iba a quedar empapado de radiaciones hasta el cogote.

De pronto, observé una cosa. La mesa donde estaba situado el devastador artefacto ya no se hallaba en el mismo lugar. Loganion la había acercado un poco más a la ventana, pero, al mismo tiempo, atrayéndola hacia sí. Ahora sólo veía un poco más de la mitad de la bomba, precisamente la parte correspondiente al dispositivo del muelle.

Me pregunté por las razones de aquélla, al parecer, insólita actitud. Luego, esforzando la vista, pude divisar el ligero brillo del alambre a través de la habitación.

Ahora se había situado aún mejor. El alambre iba directamente de su muñeca a la placa aislante de Ultra-P y de aquí a la uña del seguro. En caso de que cayera o bien si le ocurría tirar del alambre, la placa aislante caería una fracción de segundo antes que la uña del seguro. Luego se dispararía el muelle, las dos semiesferas de plutonio se juntarían y…

La voz de Jessica me distrajo de tales pensamientos.

—Lea, teniente —dijo la chica, enseñándome el telegrama.

Las noticias no podían ser más desalentadoras.

«Ruégole realizar máximo esfuerzo para convencer profesor Loganion necesidad visitar su madre agonizante. Punto. Señora Loganion quedan le pocas horas de vida e insiste verle antes morir. Punto. Firmado: Doctor Spreks».

Permanecí silencioso durante unos segundos. Luego dije:

Ya oyó lo que hablé con él a través del altavoz.

—Quizá, si pudiéramos entregarle el mensaje —sugirió Jessica débilmente, sin convicción alguna.

—Amenazó con matar a cualquiera que cruzara los límites del jardín.

—Sí —suspiró la muchacha.

Hubo otra pausa. Consulté el reloj; ya sólo faltaban setenta y un minutos para el estallido.

Advertí que la gente había aclarado. Se lo creían o no, pero empezaban a ahuecar el ala. Una explosión atómica no es cosa de broma, precisamente. Incluso debajo de mí estaba empezando a percibir ciertos movimientos nerviosos que no me agradaron nada. ¿Qué ocurriría si en el último momento se producía una desbandada? Para alejarse de allí a una distancia suficiente, que proporcionase inmunidad contra los efectos de la explosión se necesitaban, cuando menos, de diez a quince minutos… Veríamos lo que ocurriría dentro de una hora, me dije.

Con tanto jaleo se me había olvidado de una cosa esencial.

—Señorita McDye.

—¿Sí, teniente?

—¿Qué sabe usted concretamente de las relaciones que había entre Sweetie Randall y el profesor?

—No mucho, excepto qué estaban muy enamorados el uno del otro.

—¿Enamorados? —inquirí, dubitativo.

—Bueno, digámoslo en singular masculino.

—A ella debió parecerle poco el sueldo de un científico, ¿no?

—Eso calculo yo.

—Y, claro, Curland podía proporcionarle todo lo que no hubiera tenido casándose con Loganion.

—Así es.

Recordé a Dipensio. ¿Era solamente por el dinero por lo que Sweetie había dejado plantado al profesor?

—Otra cosa —dije—. Tengo que pensar en lo que sucederá en la ciudad después de la explosión.

Los azules ojos de Jessica me miraron profundamente.

—¿Cree usted que viviremos después del estallido, teniente?

—Bien, a última hora, si las cosas vienen mal dadas, siempre nos queda el recurso de huir. Pero luego tendríamos que volver. Será

preciso reconstruir la ciudad y…

—Al estallar la bomba —empezó a hablar Jessica—, se forma una bola de fuego en quince milésimas de segundo, cuyo diámetro es de ciento ochenta metros, alcanzando un máximo de doscientos setenta al terminar el primer segundo de tiempo. La onda explosiva se halla ya a ciento ochenta metros por fuera de ella, expandiéndose a una velocidad de casi cinco kilómetros al segundo; velocidad que decae rápidamente en el segundo siguiente. A los diez segundos, la bola de fuego habrá alcanzado cuatrocientos cincuenta metros de altura, en tanto que la concusión llegará ya a los tres mil seiscientos de distancia. Puesto que la explosión se producirá a nivel del suelo, es preciso rebajar un tanto estas cifras, especialmente las de distancia, que pueden colocarse por un poco menos de la mitad…

—Lo cual significa que en diez segundos, la onda explosiva habrá llegado a los dos kilómetros de distancia.

—Aproximadamente.

—Y la ciudad no los tiene apenas —murmuré lúgubremente—. Continúe usted; es interesante saber dónde irá a parar mi oficina.

—Luego la bola de fuego se enfría. En la primera millonésima de segundo ha alcanzado un millón de grados centígrados. A los quince, su temperatura es sólo de cuatro mil ochocientos, exteriormente; en el interior es mucho mayor aún…

—Pero nosotros ya estamos dentro de su radio.

—Efectivamente. Luego, cuando se enfría, los componentes de los productos de fisión se condensan y forman la nube clásica, en la que encontrarán, en el presente caso, la tierra y lo materiales de la casa, así como todo cuanto se encuentre en un radio de ciento cuarenta metros, más o menos, del centro de explosión. El fogonazo de calor radiante de la bomba, en un día claro como el de hoy, puede ser mortífero hasta mil doscientos metros de distancia, solamente por su acción de quemadura. Luego vienen las radiaciones de rayos alfa, beta y gamma, éstos los más malsanos de todos…

Miré el contador Geiger. Ella adivinó mis pensamientos.

Dio media vuelta al interruptor y la chicharra resonó con furia.

—La radiación ha aumentado —dijo.

—¿Peligrosamente?

—Más para él que para nosotros, ya que está mucho más cerca

de la fuente de emisión de neutrones.

—¿Podría salvarse si consiguiéramos inutilizar la bomba antes de las cinco horas?

Jessica es encogió de hombros.

—Es imposible saberle. Él ha estado mucho más tiempo expuesto a la radiación que nosotros. Tenga en cuenta que ha debido montar el mecanismo explosivo y no sabemos cuánto tiempo le ha costado hacerlo.

Miré nuevamente con los gemelos hacia la casa. El brazo de Loganion continuaba inmóvil, en el antepecho de la ventana.

—Esta casa sería destruida, por supuesto —dije tontamente.

Jessica asintió.

—Una casa situada a un kilómetro, más o menos, recibiría una presión de alrededor de setecientos gramos por centímetro cuadrado. Si se tiene presente que un Tiento huracanado, es decir, de unos ochenta kilómetros a la hora, ejerce sólo una presión diez veces menor, o sea setenta gramos por centímetro cuadrado, puede darse cuenta de lo que sería el golpe de la explosión aquí… Pero no hay cuidado, pues la bola de fuego nos englobaría en el primer segundo, carbonizándonos instantáneamente.

—Y él sigue allí, alargando el brazo en aquella dirección y crispando el puño con gesto rabioso.

—Sí. Pero ya, aunque acudiese Sweetie, de poco le iba a servir.

—¿Por qué?

—Lo más seguro es que ya no pudiese tener hijos.

Después de aquellas contundentes palabras de la muchacha, sentí una especie de vacío en el estómago, miré el reloj; ya sólo quedaban cincuenta y siete minutos.

En aquel momento, uno de los policías que estaban de vigilancia allí me pasó el «talkie-walkie» de que habían sido provistos.

—Teniente, le llama el coronel Farquehart.

—Bien —dije—. Fox al habla.

—Teniente, viene un helicóptero hacia aquí con dos importantes personalidades. ¿Puedo hacerlo aterrizar?

—Conforme, pero todo lo alejado que puedan de la casa.

—Está bien —dijo Farquehart, y cortó.

Me puse la chaqueta. Jessica me miró ansiosa.

—¿Puedo…? —murmuró.

—No —dije palmeándole el hombro afectuosamente—. Será mejor que se quede aquí. No deje de avisarme de cualquier cosa que ocurra.

—Me gustaría intentar entregarle el telegrama al profesor.

—Ni lo sueñe. ¿Piensa que tengo ganas de verla como ese pobre muchacho? —señalé al policía muerto.

Los ojos de Jessica se humedecieron.

—Es usted muy bueno, teniente —dijo.

—¡Hum! —rezongué—. Uno no es ni más ni menos que los demás… Me he encontrado de repente con una patata recién salida del horno en las manos y procuro que se enfríe, eso es todo. —Y agregué—: Jessica.

Ella sonrió.

—Gracias… Burl.

Oprimí su mano suavemente y luego di media vuelta.

CAPÍTULO XI

Resulta que en el helicóptero venían dos VIP[1]. Uno de ellos era el general llamémosle McDuff y otro el doctor —nombre también supuesto—. Riwancov. Desde que el chiflado de Longanion organizara su particular Mayor Espectáculo del Mundo hacía cuatro horas y minutos hasta el momento actual, toda la nación estaba pendiente de lo que sucedía en la hasta entonces desconocida ciudad de Palmer Springs y, naturalmente, había llamado la atención de los peces gordos de Washington.

McDuff y Riwancov eran la respuesta a la muda apelación que les habíamos dirigido. No habíamos llamado a nadie, por supuesto, pero cualquiera podía suponerse que una ayuda así siempre sería bien recibida.

Farquehart me presentó a las dos VIP.

—Teniente Fox, el general McDuff y el doctor Riwancov. Desean hablarle a propósito del profesor Loganion.

Estreché las manos de los recién llegados.

—Poco hay que pueda decirles que no sepan ya, seguramente, por medio de la radio —dije—. El resto hay que averiguarlo —consulté mi reloj— antes de cuarenta y nueve minutos.

—¿Cree usted que ese maniático llevará a cabo su amenaza? —preguntó ansiosamente el general.

—Al menos, hasta ahora, ha matado a un policía y herido gravemente a mí cuñado, el profesor Marlin.

—Lo conozco —dijo Riwancov.

—Y además tiró contra mí cuando intensé rescatar a mi cuñado. Lo raro es que no haya tirado ya del alambre.

—Estoy encargado de los servicios de seguridad nuclear —manifestó McDuff—. Me gustaría hacerme cargo, de todo esto…

Claro, teniente, que me sabría muy mal interferir su labor.

—Por mi parte, le traspaso encantado la responsabilidad, general —repuse—. Pero, sea usted, sea yo, el que se encargue de este cochino asunto, la cuestión es impedir que Loganion lleve a cabo su amenaza. Si cree que puede impedirlo con sólo el peso de sus estrellas, empiece a actuar.

El general hizo un gesto que estaba bien claro; no se atrevía a tomar el mando de las operaciones. Riwancov dijo:

—Quisiera hablar con Loganion. ¿Dónde hay un teléfono?

—En ninguna parte, doctor —contesté—. Nosotros nos entendemos con él por medio de altavoces. Esa casa no dispone de teléfono y nuestro medio de comunicación ha sido desde un principio el micrófono y los altavoces.

—¿Por qué no me deja ir a parlamentar con el profesor, teniente? —sugirió Riwancov.

Señalé con el pulgar hacia el policía muerto.

—¿Tiene ganas de hacerle compañía a mi agente? —dije con voz dura.

El sabio se lo pensó mejor. Mordióse el labio inferior y acabó por decir:

—¿Puede dejarme el micrófono un instante, Fox?

—Con mucho gusto, doctor. ¡Olsen!

El conductor vino arrastrando el cable microfónico. Pasó el aparato a Riwancov después de haber hecho una prueba de sonido y dijo.

—Listo, señor.

El doctor tomó el micrófono.

—¡Loganion!

El rugido del altavoz rompió el casi absoluto silencio que reinaba.

—¡Loganion! —repitió Riwancov. Dio su nombre y agregó—. Quiero hablar con usted. Contésteme, Loganion.

—¡Váyase al diablo, viejo chivo! —fue la sorprendente respuesta que recibió el doctor.

—¡Loganion! —El rostro de Riwancov estaba rojo como la púrpura.

—¡Buuú…! —Y ya no hubo más respuesta desde la casa de pizarra.

Volví el rostro a un lado y me puse a toser. Era que no quería que me vieran reír.

Él general barboto una imprecación.

—¡Farquehart! ¡Disponga un pelotón de choque…!

—¡Alto ahí! —bramé—. No se moverá ni uno solo de sus preciosos soldaditos sin permiso mío. Al primero que de un solo paso, lo freiré a tiros. Soy el encargado de velar por la seguridad de una ciudad de cuarenta mil habitantes y no toleraré una segunda tontería, bastante tenemos ya con la de ese imbécil que está sentado allá arriba en la ventana.

McDuff abrió y cerró la boca convulsivamente. Pero se sintió incapaz de darme una respuesta.

Riwancov intervino conciliador.

—Teniente, me gustaría echar un vistazo al panorama. ¿Puedo?

—Sánchez —llamé al agente—, acompañe al doctor hasta dónde están sus compañeros y la señorita McDye. General, usted puede subir también si lo desea.

McDuff fue a decirme algo, pero no se atrevió o no quiso. Dio media vuelta y se alejó con Farquehart, siguiendo a Sánchez y al doctor.

Entonces llamé a Olsen.

—Trate de establecer comunicación con mi hermana, la señora Marlin. Estará seguramente en el hospital.

—Sí, señor.

Encendí un cigarrillo, al mismo tiempo que miraba hacia la casa. Ya sólo quedaban cuarenta y seis minutos, tres cuartos de hora. Si dentro de media hora no había solucionado el problema, sería cosa de empezar a pensar en largarse de allí.

Olsen agitó la mano, indicándome que ya había conseguido la comunicación. Tomé el aparato; pero antes de hablar a través del mismo, miré a Olsen y al conductor del coche patrullero.

—Pueden escuchar mi conversación —dije—, pero por el amor de Dios, no lo repitan. ¿Estamos?

Olsen y el conductor asintieron con cara seria. Presentían algo gordo. Y así era.

La voz de mi hermana Mary sonó ansiosamente a través del hilo.

—¡Burl! ¿Cómo estás? —gritó.

—Bien, cariño —dije—. No te preocupes por mí… hazlo por tu

marido. A propósito —añadí con negligencia—, no se me ha ocurrido preguntarte por Lear.

—Está mejor. Muy débil, perdió bastante sangre, pero saldrá adelante. Me han contado lo que hiciste… No tuve valor para seguir mirando en la TV una vez que le vi caer. ¡Cuánto tengo que agradecerte, hermanito!

Mary me ha llamado siempre así, a pesar de que sólo me pasa un par de años. Pero como es la mayor de la familia Fox, se ha creído toda la vida, un poco madraza mía y encargada de proteger mis pasos, cuando ha sido siempre lo contrario.

—Sé que quieres a Lear y yo también le aprecio. Me alegro que me des buenas noticias. ¿Y los niños?

—Bien, en casa de la señora Parsons…

—Mira, voy a decirte una cosa, pero hazme el favor de no divulgarla. Obra discretamente, Mary, ¿me comprendes?

—¡Burl! ¡No me asustes más, por el amor de Dios! —clamó mi hermana.

—No te asustes tú que no es lo mismo. Mary, esto de la bomba atómica va en serio. Ese loco quiere arrasar la ciudad y lo hará, a menos que hallemos un medio de impedírselo… cosa que no hemos logrado todavía. ¿Me escuchas, Mary?

—¡Sí, sí, Burl, continúa!

—Bien. Deja ahora a Lear. Ve a casa. No pierdas ni un segundo. Toma a los niños y llévalos al hospital. A las dos menos cuarto en punto te volveré a llamar… mejor dicho, te enviaré un agente. Saca de la casa a Lear, esté como esté, fíjate bien, pues esto es importantísimo, y marchaos en el coche todo lo lejos que podáis. A Sulphur Springs, por ejemplo. La distancia es suficiente para no temer nada del estallido de la bomba, ¿me comprendes?

—Sí, Burl. Lo… Lo haré inmediatamente.

—No te entretengas en recoger nada. Llévate a los niños como estén. Si algún médico o alguna enfermera te oponen resistencia a sacar a Lear del hospital, rómpeles una silla en la cabeza. El agente Miller —miré al conductor, quien asintió con el gesto—, te ayudará en eso de romper sillas y colocar a Lear en el asiento posterior de tu coche. Pero no pierdas un minuto, Mary. ¡Adiós! —Y colgué antes de que pudiera oponerme alguna objeción.

Volví la vista hacia mis hombres.

—Avisen a sus familias —dije—. Me parece que tendremos que largarnos de la ciudad.

Asintieron con gesto sombrío. Pero entonces sonó el zumbador. Miller tomó el radioteléfono y habló brevemente, pasándome luego el aparato.

—Souvac, señor.

—Fox al habla.

—Teniente —dijo el policía—, ¿qué hacemos?

—¿Ocurre algo raro?

—¿Raro? —Souvac rió histéricamente—. La ciudad se está vaciando a marchas forzadas. Es el río de automóviles más grande que he presenciado en mi vida desde las últimas vacaciones de Pascua. Naturalmente, registro los coches, pero la gente se impacienta… ¡Cristo! Vaya un concierto de claxons.

—Abra la mano, Souvac —dije, decidiendo que si Curland y la Randall hubieran querido aparecer ya lo habrían hecho tiempo atrás—. Que se largue todo el que pueda.

—Sí, señor. —El tono del policía era de evidente alivio—. Gracias, señor.



Devolví el aparato. Sonó una risita irónica. ¡Olsen, riéndose! ¡Fabuloso acontecimiento!

—¡Que se largue todo el que pueda! —repitió—. Mire, teniente.

Hice lo que me sugería el agente. Casi me quedé pasmado. Hasta entonces no me había dado cuenta.

La mayoría de los curiosos había desaparecido. Prácticamente, podía decirse que salvo nosotros y los soldados, no quedaba allí nadie más. El camión de la TV aparecía mudo y silencioso, abandonado por sus ocupantes y técnicos. Incluso el activo Bill Quash había desaparecido.

—Nadie quiere permanecer en este barco que se hunde —murmuré sombríamente—. A las dos menos cuarto daré orden de

retirada general —«que será un ¡sálvese quien pueda!», pensé amargamente.

Vino el sargento Nichols. Se le veía inquieto y desasosegado.

—Señor, ¿qué haremos si ese tipo no desiste de su locura? Ya sólo quedan cuarenta y un minutos…

—Daremos orden de marcha dentro de veintiséis minutos —respondí—. Miller, póngame con la emisora local de radio.

—Sí, señor.

Vi a McDuff, Riwancov y Farquehart que salían de la casa en dirección al lugar en que me hallaba.

—Teniente —dijo Miller—, no contesta nadie.

—Dígale al operador que insista.

—Sí, señor.

El trío se me acercó con todo el aspecto de unas gallinas sorprendidas en descampado por la lluvia.

—Es inútil —suspiró McDuff.

—Eso ya lo sabía yo —rezongué.

—Loganion ha armado muy bien la bomba —intervino el doctor —. He estado examinando el dispositivo a través de los prismáticos y, perdonen la paradoja, pero dentro de su imperfección es perfecto. No serviría para ser lanzada desde un avión o montada en un cohete, por supuesto; aquí, sin embargo, estallará a poco que tire del alambre.

—¡Con tal de qué no le baje la presión repentinamente! —dije en tono lamentoso.

—¡Eh! —Se espantó el general.

—Loganion anda muy bajo de presión —mascullé—. Últimamente tuvo un par de desmayos. Si eso le ocurre ahora…

McDuff y Riwancov empezaron a mirar aprensivamente en dirección al lugar donde había aterrizado el helicóptero. No los censuro por ello; yo también sentía un hormiguillo en el cuerpo, que me hacía desear hallarme a cien millas de allí.

Miller pronunció mi nombre.

—¿Qué hay? —contesté, alargando la mano hacia el aparato.

Pero el agente no me lo entregó tan siquiera.

—Lo siento, señor —dijo—. El operador de la Jefatura no contesta tampoco.

Un silencio extraño se desplomó entonces sobre nosotros. El sol

pareció golpearnos implacablemente, derramando sobre el lugar ríos de metal fundido. Noté la camisa pegada al cuerpo por el sudor.

—Conforme —dije—. No se le puede reprochar que se haya marchado.

De pronto noté una ausencia importante. ¿Dónde se había metido el «fed»?

Me pareció poco probable que Dipensio hubiera huido así como así. La F. B. I, no entrena a sus hombres para que abandonen una empresa sin haber agotado todas las posibilidades razonables y, por supuesto, nunca por cobardía. Claro que, a fin de cuentas, era un ser humano; más aun así, se me hacía muy cuesta arriba que el federal hubiera echado a correr dejándonos empantanados con el loco.

Fui a decir algo a Olsen, pero en aquel momento sonó el megáfono.

CAPÍTULO XII

—*¡Faltan veinticinco minutos!*

Los ecos del alarido megafónico se expandieron penosamente bajo una temperatura que se nos hacía doblemente insoportable por la tensión a que estábamos sometidos. Rebotaron sobre los obstáculos, chocaron contra las casas y, finalmente, acabaron por deslizarse a lo lejos, en la llanura que circunda a Palmer Springs.

Consulté mi reloj. Había una diferencia de treinta segundos con el del loco. Éste no había terminado aún.

—*¡Y si creen que no pienso llevar acabo mi amenaza —continuó—. Es que todos ustedes están como unas chivas! ¡Repito una vez más que quiero a Curtland y Sweetie Randall o nos iremos todos al diablo!*

Noté de repente la lengua pegada al paladar. No, no era posible dudar de la veracidad de las afirmaciones de Loganion. Estaba resuelto a ejecutar sus propósitos y los haría. Sin saber dónde se hallaban Curland y la Randall, nos era absolutamente imposible convencerle de que desistiera de su locura.

Con el rabillo del ojo observé que McDuff, Riwancov y Farquehart se habían reunido en conciliábulo. Se les veía muy nerviosos y era evidente que estaban tratando de evacuar las tropas. En cuanto a mí, empecé a considerar tal posibilidad respecto a los hombres que estaban a mis órdenes.

—Olsen, el radioteléfono. Quiero hablar con Hickman.

—Sí, señor.

Esperé a que me hubieran dado la comunicación.

—Hickman, habla Fox. ¿Cómo va eso por ahí?

—Bien, señor…, excepto que las carreteras se están convirtiendo en un río de gente que huye. —El patrullero hizo una pausa—. ¿Debemos… seguir nosotros… aquí?

Consulté el reloj. Veintitrés minutos tan sólo quedaban para el plazo fatídico.

—No —resolví al fin—. A las trece cuarenta y cinco abandonen todo y márchense de la ciudad. Pueden avisar a sus familias que se reúnan con ustedes.

—Gracias, señor.

A Souvac le dije algo parecido. Al terminar había transcurrido un minuto más. Eran ya las trece y treinta y ocho.

Farquehart se me acercó.

—¡Teniente!

—¿Sí, coronel?

—Estamos pensando en evacuar la gente. Dado que resulta imposible dominar al loco, es inútil —no hablemos ya del riesgo evidente— continuar aquí.

—Me parece una excelente idea, coronel.

—Daremos orden de reunión a menos veinte. A menos quince partiremos. ¿Y usted y sus hombres?

—Abandonaremos la ciudad también a la misma hora, coronel.

—Presenciaremos la explosión desde quince millas al menos. Hay espacio suficiente para no temer nada desde dicha distancia. Claro que en Las Vegas estuve más cerca del punto cero…

—¿Punto cero? —inquirí, extrañado.

—Sí, se llama así al lugar donde ocurre la explosión. Llegué a estar situado a cuatro millas. Al descubierto, pero en una trinchera que nos protegía de la onda expansiva.

Recordando las palabras de Jessica, pensé que cuatro millas era una distancia razonable que podía recorrerse en otros tantos minutos. Y el Indian Creek pasaba, más o menos, a cuatro millas y media de la ciudad. Es un arroyo que en época de estiaje no suele llevar mucha agua, y en algunos trozos de sus orillas, especialmente en el lado este, es decir, contrariamente a la ciudad, los taludes de su lecho tienen varias, cuevas que muy bien podían servirnos de abrigo para refugiarnos contra los efectos de la explosión. Esto me daba casi diez minutos más de tiempo… Pero ¿qué eran diez minutos si no sabíamos dónde estaba la pareja que debía servirnos de humano rescate?

—Además —concluyó Farquehart—, aquella explosión se produjo en una torre de más de cien metros de altura, mientras que

aquí se producirá prácticamente a nivel del suelo. Sus efectos, por tanto, serán notablemente reducidos en comparación con la que yo presencié.

—Muy bien, gracias por sus palabras, coronel. Por mi parte, puede considerarse desligado de todo compr…

Un soldado vino corriendo hacia nosotros con un talkie-walkie en las manos.

—¡Teniente Fox! ¡Teniente Fox!

—El mismo —repuse, adelantándome hacia el soldado.

—Le llama el capitán Hunter, señor —dijo el muchacho, entregándome el aparato.

Miré a Farquehart.

—¿Hunter? —pregunté a media voz.

—Sí, es el oficial que manda la parte este.

¡La parte este! ¡Correspondía al
«Tijuana's»!

—Fox al habla —dije, excitadísimo. Presentía algo importante.

—Teniente —gritó Hunter—, venga corriendo para acá. El señor Dipensio de la F. B. I, dice que…

¡Dipensio! Luego el «fed» no se había largado. ¡Simpático muchacho!

No quise aguardar a más. Arrojé el talkie-walkie al soldado y me dirigí a todo correr hacia el coche.

—¡Olsen! ¡Sánchez! —aullé—. ¡Vengan conmigo!

Pero antes de entrar en el automóvil recordé una cosa.

—¡Miller! ¡Vaya al hospital y haga lo que dije antes!

El patrullero arrancó en el acto, haciendo sonar la sirena. No sé por qué, puesto que no se veía la menor señal de tránsito rodado.

Los tres salimos volando en dirección al
«Tijuana's».
Cuando llegamos allí eran ya las trece cuarenta. Disponíamos solamente de veinte, minutos, diez, en realidad, esto considerando las cosas bajo un prisma optimista.

El capitán Hunter me salió al encuentro.

—El señor Dipensio le espera ahí adentro, teniente —manifestó —. Dice que ha encontrado algo muy interesante.

—Gracias, capitán. ¡Vamos, muchachos!

—¿Necesitan nuestra ayuda? —se ofreció Hunter.

—Espero que podamos apañárnoslas nosotros solos —respondí —. De todas formas, ustedes van a recibir la orden de evacuación…

Un soldado se adelantó con un transmisor portátil…

—Capitán, le llama el coronel Farquehart —dijo.

Ya no escuché más. Salté dentro del «Tijuana's», seguido por mis dos inseparables Olsen y Sánchez y cruzamos el local a la carrera, llegando a las cocinas en breves instantes.

Dipensio nos salió al encuentro.

—Hola, teniente —saludó—. Venga conmigo.

Tenía la pistola en la mano, pero no parecía haberla utilizado. Le seguí hasta el cuarto de los trastos.

—Pensé que, puesto que no habían salido o al menos no lo parecía, tenía que haber aquí algún escondite —dijo el «fed»—. Y lo he encontrado. Fíjese.

Sil mano me señaló uno de los armarios roperos. Estaba abierto de par en par y al fondo se veía un negro hueco.

Miré a Dipensio con asombro y respeto al mismo tiempo. ¡Era un federal de toda una pieza!

—Bien —decreté—, vamos a investigar.

—Yo primero —dijo él, adentrándose con cierta dificultad por el armario, al llegar al final, exclamó—: Hola, hay un interruptor aquí.

Dio media vuelta al interruptor y el hueco se iluminó, dejándonos ver una escalera que se introducía en la tierra.

Dipensio empezó a descender los peldaños. Yo iba a continuación y detrás de mí venían los dos agentes.

La escalera mediría unos diez o doce metros de altura. Al terminar, nos hallamos en una especie de túnel de dos metros de altura por otro tanto de ancho. Una especie de regato que había en su centro me indicó el objeto de aquel túnel. Primitivamente había sido destinado a cloaca, pero luego, no sé por qué —hacía ya bastantes años de ello—, se había desistido de su utilización.

¿Cómo había entrado Curland en conocimiento de aquel subterráneo? No era el momento de averiguarlo, aunque bien cabía suponer que dedicándose a negocios que bordeaban el código, debía usarlo para guardar allí cosas prohibidas. ¿Drogas?

A diez metros de la escalera hallamos una especie de armario con puertas de madera. No era muy grande, un metro de lado,

aproximadamente, y se hallaba situado a otro tanto de distancia del suelo. Era tanta la confianza de los forajidos en que no hallaríamos su escondite, que ni siquiera se habían molestado en cerrarlo con llave, la cual aparecía insertada en la cerradura. Claro que tampoco les hubiera servido de mucho tal precaución, porque la madera no era cosa que nos hubiera resistido durante mucho tiempo.

Dipensio abrió el armario. Estaba excavado en la roca y tenía varios estantes de madera, todos ellos atestados de frasquitos llenos de un polvo blanco de aspecto inconfundible.

El federal me miró con gesto significativo.

—Mis colegas de Narcóticos se divertirán mucho cuando vean esto —y cerró, guardándose la llave.

Giró hacia la derecha disponiéndose a seguir túnel adelante, y en aquel momento sonó un disparo.

Dipensio lanzó un grito y cayó al suelo.

CAPÍTULO XIII

La detonación resonó ensordecedoramente bajo la estrecha bóveda. Sus ecos tabletearon unos segundos y luego se disiparon.

Vi un hombre delante de mí, a unos veinte metros de distancia. No podía distinguir quién era, pero sí sus intenciones.

Algo brilló en la mano del individuo. Me agaché instintivamente y la bala silbó con lúgubre zumbido por encima de nuestras cabezas, yendo a estrellarse contra los peldaños de la escalera.

Olsen y yo disparamos a la vez nuestras armas. Fue cuestión de dos segundos, pero en ese espacio de tiempo soltamos media docena de tiros al menos, que provocaron un terrible estrépito que estuvo a punto de dejarnos sordos.

El hombre cayó fulminado. Olsen y Sánchez corrieron hacia él.

Yo me volví hacia el federal. Afortunadamente, la bala no le había causado gran daño. Dipensio estaba sentado en el suelo, envolviéndose la pantorrilla izquierda con un pañuelo. Pero su gesto indicaba el dolor que sufría.

—Ese tipo me atravesó la carne de la pierna —masculló.

—¿Podrá caminar?

—Creo que sí —contestó el «fed». Le di la mano, ayudándole a incorporarse y reanudamos nuestro camino. Dipensio cojeó, pero no era una rémora.

Llegamos a donde estaban mis dos agentes, examinando el cuerpo del fulano caído en el suelo. No cabía la menor duda: era «El Uñas».

—Bien —dije—, he aquí uno que ya ha pagado su deuda.

Dipensio dijo:

—Son ya las dos menos cuarto, teniente.

—Sí. —Miré en torno mío—. Hombre, creo que este túnel

pondría ser un buen refugio para guarecernos de la explosión, ¿no cree?

Los dedos de la mano del federal se clavaron de repente en mi brazo. Sus ojos me miraron enfebrecidos.

—¡Teniente! Ahora es cuando sé dónde están Curland y Sweetie Randall.

—Es cierto —aprobé—. Aquí. Éste es el lugar más seguro de todo Palmer Springs. El espesor de la roca puede soportar perfectamente la violencia de la deflagración y él lo sabe. Por eso hizo que Sweetie viniese aquí y…

En aquel momento oímos un sonido, más que extraño, inesperado: el chillido de una mujer.

—¡No —gritaba la mujer—, suéltame! ¡Déjame, puerco bastardo! ¡Quiero irme de aquí! ¡Esto se va a hundir…! ¡No me importa lo que te suceda! ¡Quiero marcharme de aquí cuanto antes!

Echamos a correr túnel adelante, saltando por encima del cadáver de «El Uñas». Sánchez iba en cabeza.

De pronto sonó un disparo. Los ecos de la detonación se confundieron con un grito de dolor, que procedía de una garganta femenina.

El túnel hacía en aquel punto un recodo, doblando hacia la izquierda, en un ángulo de ciento treinta grados, más o menos. Al pasar aquel lugar escuchamos otro disparo.

Sánchez me había rebasado. Era un poco más joven que yo y más ágil; no en vano sigue cursos de fuerza y agilidad físicas por correspondencia. El y su metralleta me rebasaron cinco metros con toda facilidad.

Al doblar el recodo vimos el cuerpo de una mujer tendido en el suelo. Un hombre corría a lo lejos. El hombre se volvió y disparó contra nosotros, sin efecto alguno.

La «Thompson» de Sánchez tableteó fragorosamente bajo la bóveda. El hombre tropezó contra algo invisible y cayó.

Llegamos a donde estaba la mujer, caída de bruces. En la espalda tenía dos manchas de sangre que se extendían rápidamente.

Volví el cuerpo de Sweetie Randall boca arriba. Sus hermosos ojos estaban velados ya por la inminencia de la muerte. Tenía el rostro, bello como el de un ángel malo, deformado por el intenso dolor que sentía.

—¡Oh, Dios mío! —se quejó. Las heridas debían dolerle mucho.

—¿Por qué disparó Curland contra usted? —le pregunté.

Ella quiso contestar algo, pero no tuvo tiempo. Súbitamente, su cuerpo sufrió una terrible convulsión. Luego se relajó lentamente, en tanto que su mirada perdía el brillo y se quedaba fija en un punto invisible.

Vino Dipensio con un manojo de papeles en la mano.

—Éstos son los documentos que buscaba —dijo.

—¿Qué supone usted respecto al asunto? —inquirí.

—Estoy seguro —murmuró pensativo—, de que Loganion se los había llevado para estudiarlos o tomar notas. Ésa —señaló a la muerta—, debió quitárselos; era amiga de Curland y éste negociaba con cualquier cosa que pudiera proporcionarle dinero… Posiblemente pensaron ponerse en contacto con algún agente enemigo… Eso en Nueva York no ofrece ninguna dificultad; basta buscar en el listín el número telefónico de cierto consulado, usted ya me entiende, ¿no?

Asentí con un simple movimiento de cabeza.

—Pero entonces, Loganion debió advertirlo. Se enteró de que Curland traficaba con drogas y pensó hacer chantaje. «Los documentos contra las drogas, debió decir, o haré estallar mi bomba». Si hubiera sabido que estaban aquí, posiblemente se hubiese evitado todo el trabajo… y a nosotros los malos ratos que estamos pasando. —Dipensio hizo una mueca. La pierna debía dolerle bastante.

—Bueno —respiré—, todo se ha acabado ya…

Me interrumpí de repente.

—¿Todo? —dije estúpidamente.

Consulté el reloj. Eran las trece cincuenta y dos.

—¡Faltan ocho minutos! —grité. Y, por si fuera poco, recordé una cosa: ¡Jessica McDye!

Eché a correr como un loco túnel adelante. Llegué en un tiempo récord a los peldaños, que subí de cuatro en cuatro y salí al cuarto de los trastos. Los pasos de Sánchez y Olsen sonaron precipitadamente detrás de mí.

Atravesamos el local y salimos fuera, precipitándonos en confuso montón sobre el coche. Dipensio asomó la cabeza por la ventana, vociferando como un energúmeno.

—¡Eh, ustedes! ¿Es que piensan dejarme aquí colgado?

—Vuelva al sótano —aullé—. Nosotros regresaremos antes de dos minutos.

Olsen arrancó como una centella. Recorrimos los trescientos metros que nos separaban como si fuéramos a bordo de un «super-Sabre». El frenazo del conductor estuvo a punto de proyectarnos a través del parabrisas.

Salí fuera. Miré hacia arriba. Jessica estaba asomada a la ventana y me hizo señas con la mano de que subiera.

—¡Baje, pronto! —grité—. No tenemos un segundo que perder. Hemos encontrado un refugio…

—Suba usted… —gritó ella—. Suba…

—Está loca —masculló Olsen—. Voy a subir yo y me la bajaré aunque sea arrastrándola por los cabellos.

Y echó a andar, disponiéndose a cumplir su promesa.

En aquel momento oímos una voz:

—¡Telegrama para la señorita Jessica McDye!

Me volví, estupefacto. El repartidor de telegramas que había venido antes, estaba ahora de nuevo con nosotros.

—Deme el telegrama —dije—. Yo firmaré en nombre de la señorita McDye.

—Bueno, teniente. —Me dio el lápiz y firmé.

Mientras lo hacía, dije:

—¿Se da cuenta de que falta muy poco ya para que ese loco haga estallar la bomba? ¿Por qué no se ha ido de la ciudad cuando aún era tiempo?

—La «Western Union» cumple siempre sus compromisos, señor —dijo el mensajero altivamente. Montó en su bicicleta y empezó a pedalear.

Pero entonces le lancé un grito.

—¡Eh, chico!

El repartidor viró en redondo y se me acercó de nuevo. Era un joven pecoso y con el rostro granujiento, por añadidura. Pero parecía vivo y despierto.

—¿Sólo dispones de la bicicleta? —inquirí.

—Bueno, la verdad es que…

—No tendrás tiempo suficiente para alejarte antes de que estalle la bomba. Quédate con nosotros; hemos encontrado un refugio

seguro donde los efectos de la explosión no nos alcanzarán.

El rostro del mensajero expresó un evidente alivio.

—Gracias, señor —dijo, sinceramente.

Entonces escuché mi nombre.

—¡Burl!

Giré en redondo; Jessica corría desalada hacia mí. La falda le revoloteó un momento, enseñándonos unas rodillas preciosas, pero ella no pareció hacer caso del incidente.

—¡Burl! —gritó jadeante. Al llegar a mi altura, me agarró por ambos brazos con manos crispadas—. Escúcheme, tiene que hacer una cosa si quiere salvar a la ciudad…

—En este momento, no hay poder humano que pueda librar a Palmer Springs de la más completa destrucción —contesté con acento sombrío—. Tome —añadí, entregándole el telegrama recién recibido.

Ella obedeció. Rasgó el sobre y extrajo el mensaje, rasgos adoptaban una expresión más y más pesimista.

Lo leyó, y me devolvió el telegrama en completo silencio.

Leí:

> «Ruego participe a profesor Loganion defunción su madre ocurrida hace escasos minutos. —Firmado Dr. Sprecks».

—¿Se lo decimos por el micrófono? —sugirió la muchacha. Hice una pelota con el papel.

—No. Si se enterara de la noticia, sería capaz de tirar del alambre antes de tiempo. Y —miré mi reloj— sólo quedan cinco minutos.

El megáfono confirmó mis palabras:

—¡Quedan cinco minutos! ¡No alargaré el plazo por ningún concepto! ¡Lo que me voy a reír cuando Curland y Sweetie ardan conmigo…!

Después de estas palabras, oímos una carcajada homérica, indescriptible, amplificados sus siniestros trémolos cien veces por la potencia de los altoparlantes.

Y entonces me di cuenta de que estábamos solos.

CAPÍTULO XIV

Absolutamente solos.

Todo el mundo había marchado, abandonándonos allí frente al loco y a su maldita bomba atómica.

Estábamos solos bajo el sol del espacio y frente a un sol que se encendería antes de cuatro minutos y medio, un sol creado artificialmente por una mente enferma y desequilibrada. Solos allí: Jessica, yo, Olsen, Sánchez y Timothy, el mensajero de la «Western Union». Cinco personas en total, de cuarenta mil que componían la población de la ciudad. Cinco personas, un loco… y la bomba.

Jessica rompió el silencio.

—¡Burl! ¡Podemos salvar a la ciudad! —dijo—. He ideado un medio para desmontar la bomba atómica.

Agarré su brazo con fuerza.

—Ni hablar —dije—. Ahora mismo nos vamos a un refugio que he descubierto…

Ella se desasió vivamente.

—¡Escúcheme! ¿Cree que no sé lo que me digo? Estoy hablando en serio, Burl, se lo juro. Deme un rifle y…

—¡Qué! ¿Acaso piensa matar al loco a tiros? ¿Cuál de los dos está peor?

Jessica hizo un gesto de impaciencia.

—Por el amor de Dios, Burl, le ruego que me crea. Es nuestra última oportunidad…

El altoparlante interrumpió la frase de la muchacha.

—*¡Quedan solamente cuatro minutos!*

La frase retumbó con varios ecos en nuestro desierto mundo. Al silenciarse el fragor, Jessica continuó insistentemente:

—Sí, Burl, se lo aseguro. Sólo necesito un rifle… y un buen

tirador. Son cien metros solamente, para un tirador con buena puntería no es nada… y puede salvar a la ciudad de la ruina.

Olsen, el flemático, intervino. Sánchez y el mensajero nos contemplaban ansiosamente.

—Creo que deberíamos darle esta oportunidad a la muchacha, jefe.

—¿Usted también? —renegué.

—Debemos agotar todas las posibilidades, jefe. Aún tenemos tiempo…

—¿Y el rifle? —gruñí— ¿De dónde diablos lo sacamos?

El megáfono emitió un nuevo alarido:

—*¡Ya sólo faltan tres minutos! ¿En qué están pensando?*

Consulté a Olsen y Sánchez. El rostro de Timothy estaba blanco como la cera, y sus pecas y granos resaltaban en él como los cráteres en un paisaje lunar.

—Bien, pero ya no tenemos tiempo de ir a Jefatura…

Olsen miró a su alrededor. De pronto reparó en el coche de los altavoces. Caminó hacia el mismo. Un segundo después escuché un rugido de triunfo.

—¡Miren! —gritaba, blandiendo un «Winchester»—. Se lo dejaron aquí en sus prisas por largarse.

Salté hacia Olsen y le arrebaté el arma. Comprobé la carga; el depósito estaba lleno.

—¡Vamos! —grité, echando a correr hacia la casa. Jessica y los tres hombres me siguieron en compacto pelotón.

Empezamos a subir las escaleras. ¿Por qué no habrían puesto ascensor?, maldije entre dientes.

Cuando estábamos a la altura del tercer piso, Loganion anunció que el plazo se había reducido a dos minutos. Ciento veinte segundos nos separaban de la muerte. «Menos mal que será instantánea e indolora», pensé. Y se me ocurrió especular también acerca de cuáles serían las ideas de Dipensio al ver que no llegábamos.

Entramos por fin en la habitación en donde Jessica había permanecido tanto rato de vigilancia. Estábamos sudorosos, jadeantes, faltos de respiración.

—Un momento —dije, aspirando el aire a grandes bocanadas—. Es preciso serenarnos.

Hicimos una pausa de treinta segundos, más o menos. Sentí que mi pulso iba adquiriendo la normalidad, pero aún así no era todo lo firme que hubiera sido de desear.

Mi cronómetro marcó setenta segundos. Tomé el rifle.

Jessica se puso a mi lado con los gemelos, mirando la casa frontera. Me arrodillé junto al antepecho y apoyé el «Winchester» sobre el mismo.

Tomé puntería. Casi estaba a punto de disparar, cuando el megáfono sonó otra vez:

Sudé. Las manos me chorreaban, y en cuanto a los sobacos eran sendas fuentes de transpiración. Volví a tomar puntería.

El altavoz dejó escapar la cuenta de Loganion.

—55…, 54…, 53… 52…

En aquel momento noté un fenómeno sumamente raro. Todas las imágenes que tenía ante mis ojos empezaron a moverse de una forma muy extraña, como si las contemplara a través de una pared líquida, de la misma manera que se ve a un nadador bajo el agua cuando ésta es muy transparente y, además, herida directamente por los rayos del sol. ¿Qué era aquello, lágrimas, sudor…?

Me mordí los labios hasta hacerlos sangrar.

Continuaba impasible el altoparlante:

—48…, 47…, 46…, 45…, 44…

—Dispare, Burl, dispare —murmuró Jessica.

Olsen, el flemático Olsen, soltó una interjección. Oí un bisbiseo; Timothy estaba rezando el acto de contrición.

—Burl, por el amor de Dios —clamó la muchacha.

El cañón del rifle bailó.

—No puedo —gemí—. ¡No puedo!

—¡Burl!

—¡Teniente!

Me puse en pie y les miré con ojos extraviados.

—No puedo. Miren —les enseñé mi mano derecha, que temblaba convulsivamente—. ¿Cómo quieren que haga puntería de esta forma?

—33…, 32…, 31…, 30…

Jessica se tapó el rostro con ambas manos. Timothy continuaba rezando, pero ahora tenía los ojos desorbitados, y miraba fijamente hacia la casa de pizarra, al mismo tiempo que alargaba el cuello

desmesuradamente, como si se sintiera hipnotizado por lo que había a cien metros de distancia.

—Teniente —dijo Olsen. La cara le brillaba como si se la hubiera untado con manteca fundida.

—Os… Os he metido en un mal paso… —dije. Casi lloraba—. Debíamos haber ido a refugiarlos en el túnel del «Tijuana's».

El altavoz continuaba metódicamente su cuenta:

—25…, 24…, 23…, 22…, 21…

De repente sonó un ruido seco. Sánchez acababa de lanzar su «Thompson» a un lado.

—Deme el rifle, teniente —dijo, arrebatándomelo de las manos, antes de que pudiera hacerle la menor objeción.

Jessica se quitó las manos de la cara. Los ojos le ardían como si padeciese una fiebre altísima.

Sánchez se arrodilló junto a la ventana. Tomó puntería.

En aquel momento pensé muchas cosas. ¿Qué sucedería, si por ejemplo, el percutor caía sobre una cápsula en mal estado? ¿Y si Sánchez fallaba la puntería? No habría tiempo de repetir el disparo; Loganion haría estallar la bomba. Hasta en el primer caso corríamos un gravísimo riesgo; el agente tendría que extraer la cápsula defectuosa y poner otra en la recámara. ¿No le crearía el contratiempo un cierto nerviosismo que le haría fallar el disparo?

El último minuto agonizaba.

—12…, 11…, 10…, 9…, 8…

¿Por qué no disparaba?

Tomé los gemelos de manos de Jessica y miré hacia la casa. Allí estaba la bomba, mortífera y devastadora, brillando la parte lisa de la media semiesfera como si fuera el mejor de los espejos, aguardando solamente el tirón que la arrojaría contra su oponente gemelo. Entonces se alcanzarían los doce kilogramos de la masa crítica y…

«¡Dispara, Sánchez, dispara!», clamé en silencio.

—5…, 4…, 3…

La mano de Loganion se movió. Lo vi con toda claridad.

—2…, 1…

¡BANG!

¿Qué era aquello? ¿La bomba o el rifle?

Sonó un rugido indescriptible, aumentado enormemente de volumen por los amplificadores. Con toda perfección, a través de los binóculos, pude ver volar en mil pedazos la letal semiesfera de plutonio. En el mismo momento, Loganion tiraba del alambre.

El muelle se distendió y el Ultra-P se deslizó a un lado, permitiendo el choque, pero ya no habría estallido.

Cuando quise darme cuenta de lo que me sucedía, hallé que tenía a Jessica en mis brazos. El corazón de la muchacha palpitaba con tal fuerza, que pude notarlo perfectamente a través de mis costillas.

—¡Ha resultado! ¡Ha resultado! —repetía ella, enajenada, una y otra vez.

De pronto sonó la voz de Olsen.

—Teniente, veo algo raro.

Miré hacia la casa de pizarra. La mesa aparecía volcada, seguramente derribada por un acceso de furia de Loganion.

El altavoz sonó inesperadamente.

—¡TENIENTE FOX!

Contesté con un grito, no sé si llegó a oírme.

—¡VOY A ENTREGARME. HA SIDO LA SUYA UNA MAGNIFICA FAENA. LE FELICITO SINCERAMENTE. ESPERENME. AHORA VOY!

—Vamos —dije, echando a correr hacia la escalera—. ¡Sánchez, no se olvide del rifle!

Bajamos a trompicones, como locos. Atravesamos la desierta Avenida, sobre la cual se derramaban los rayos inclementes de un sol de fuego, que derretía el asfalto, y empezamos a subir el sendero.

A mitad de camino vimos aparecer al profesor. Bajaba con aire cansado y meditabundo al mismo tiempo, mirando hacia el suelo, con las manos a la espalda, como enfrascado en algún problema de difícil resolución.

Habría recorrido unos diez metros cuando, de pronto, pareció darse cuenta de nuestra presencia. Levantó la vista. Sus ojos brillaban con fulgor demoníaco.

—¡Cuidado! —dije—. Ese loco va a tendernos una trampa…

No pude terminar de hablar; con gesto brusco, Loganion acababa de sacar el rifle que hasta entonces había mantenido oculto en el cuerpo.

—¡A tierra, Jessica! —grité, empujándola a un lado, al mismo tiempo que sacaba el revólver.

Timothy se lanzó de cabeza tras unas matas. Sánchez aprestó su inseparable «Thompson», pero algo se le enredó en la máquina, dificultándole su manejo.

Pero en aquel momento, cuando el profesor se echaba ya el rifle a la cara, la escena varió de decoración.

Un hombre salió por la puerta de la casa. Estaba casi cubierto por la sangre brotada de sus heridas y se tambaleaba espantosamente. En la mano derecha llevaba un revólver de grueso calibre y cañón acortado.

—Maldito —barbotó Curland, arrojando espumarajos sanguinolentos.

¿De dónde diablos salía aquel forajido?

Curland gatillo el arma, antes de que Loganion pudiera utilizar la suya. El loco se estremeció horriblemente al sentir en su carne los impactos de los proyectiles. Su cuerpo se arqueó hacia adelante un segundo antes de soltar el rifle y desplomarse de bruces.

Disparé una vez contra Curland. Otro hombre lo hizo también. No era ni Olsen ni Sánchez. Dipensio había salido tras el forajido y terminaba de llenarle el cuerpo de plomo. Curland lanzó un horrible ronquido y cayó rodando por la pendiente del sendero, hasta detenerse al pie de un arbusto. Ya no se movió más.

Dipensio se nos acercó renqueando. Miró con furia al bandido muerto.

—Ese tipo… Creíamos haberlo matado… Estuve esperando a que se cumpliera el plazo, muy encogido y con bastante miedo, no crean. Cuando dio la hora, me tapé la cara con las manos, no pude remediarlo. Un minuto después, extrañado de no haber oído nada, levanté los ojos. Vi, tremendamente extrañado, que Curland no estaba allí. Entonces advertí un reguero de sangre y… Bueno; aquí estoy. El «Tijuana's» y esta maldita casa se comunican por medio de la cloaca abandonada. He llegado tarde por unos segundos, a lo que se ve.

—Sí —suspiré—. Sí.

Loganion rebulló en aquellos instantes. Me arrodillé presuroso a su lado.

Las pupilas del loco estaban ya vidriadas por la inminencia de la muerte y en su cara, más que el dolor, se reflejaba la pena.

—¡Sweetie! —llamó, casi llorando.

Oí un gemido a mi lado. Era Jessica.

Loganion volvió el rostro hacia la muchacha. Pareció sonreír.

—Hola… señorita McDye… —jadeó penosamente—. ¿Cómo está… mi… madre…?

Jessica me consultó con la mirada. Le hice un signo de inteligencia cuyo significado supo captar al instante.

—Está mejor, profesor… Fuera de peligro…

Una expresión de suprema placidez apareció en el rostro de Loganion.

—Me… alegro… —murmuró—. Ella me… quiso siempre… No… No se llamaba Sweetie… —Y ya no habló más. Murió unos segundos más tarde.

Los violentos sollozos de Jessica fueron acallados por el turbulento paleteo de un helicóptero que volaba sobre nosotros. Me puse en pie y moví los brazos, abriéndolos y cerrándolos varias veces. Los tripulantes del aparato correspondieron con una señal parecida. Luego, el helicóptero se remontó y emprendió una marcha precipitada hacia el oeste.

CAPÍTULO XV

Lear Marlin tenía mucho mejor cara, y aunque todavía estaba en el lecho, era evidente que se repondría muy pronto.

—Lamento haber tenido que sacarte de la ciudad —dije—, pero comprenderás que las circunstancias…

—No te preocupes —sonrió mi cuñado—; era lo único que cabía hacer en aquellos instantes.

Mary, mi hermana, me sonrió, al mismo tiempo que apretaba mi mano cariñosamente.

—Tenemos mucho que agradecerte —dijo.

En aquel momento, una turbamulta de críos invadió la habitación del hospital.

—¡Tío Burl, tío Burl! —gritaron a coro mis tres alborotados sobrinos—. Abajo hay una señorita muy guapa que te espera.

Me puse colorado. ¡A mis treinta y tres años!

—Dispensadme —dije—. Volveré otro rato.

—Burl —dijo Lear—, espera a que esté bueno y pueda levantarme.

—¿Para qué? —inquirí.

Mi cuñado guiñó el ojo a Mary.

—Tendremos que ir pensando en el regalo de boda, ¿verdad, querida?

—Sí, ya lo discutiremos más adelante. Anda, Burl, no es correcto hacer esperar a las damas.

Salí a toda velocidad. La dama que me esperaba era Jessica… con Olsen.

—Teniente —se disculpó el conductor—, la señorita insistió en que la trajera hasta aquí…

—Hizo muy bien, Olsen. Ahora, ¿por qué no nos deja solos en el

coche?

—Encantado, teniente. —Olsen salió y se quedó en la acera, mientras nosotros nos alejábamos del hospital.

—¿A dónde quiere que la lleve, Jessica? —pregunté.

—Dejo la solución en sus manos, Burl —sonrió ella.

—Bueno, creo que a orillas del Indian Creek, aunque no traiga mucha agua, se está bastante bien. Hay césped, álamos frondosos y…

—Un sitio estupendo para hacer «picnic». Por eso traje una cesta con bocadillos y bebida.

—Es usted previsora, Jessica. Me han gustado siempre las mujeres como usted.

—¿De veras, Burl?

—¿Se lo firmo ante notario?

—No, creo en su palabra —dijo ella, repentinamente seria.

Guardamos silencio unos momentos, hasta salir de la ciudad. Luego, Jessica dijo:

—Era un buen escondite el de Curland.

—Sí, y no quería que se lo descubriesen. Sólo lo sabían los más íntimos, y por salvar las drogas y los documentos hubiera sido capaz de permitir que la ciudad fuera arrasada.

Jessica meneó la cabeza.

—El tampoco se hubiera salvado, Burl.

—¿Por qué? —inquirí, muy extrañado.

—La onda de fuego habría penetrado en el túnel a través del pozo de enlace con su casa. Hubiera sido preciso un muro de cemento de veinte metros al menos para estar seguro. Sin esto, el túnel hubiera resistido, por supuesto, pero la explosión habría hecho volar la entrada del pozo de comunicación como si hubiera sido un simple papel de fumar.

Lancé un silbido.

—Jessica, entonces tengo que estarle doblemente agradecido. También yo era de los que querían quedarse en el túnel.

—No lo sabía entonces, pero aún sabiéndolo, no se lo hubiese recomendado, Burl —contestó ella.

Aprobé con la cabeza. ¡Menudo error había estado a punto de cometer!

—Entonces, le pediré un favor.

—Con mucho gasto, Burl. ¿De qué se trata?

—No se lo diga a Dipensio, me mataría. Le obligué a quedarse allí y…

Jessica se echó a reír. Era la suya una risa clara, franca, abierta, llena de cristalinas tonalidades, como a mí me gusta que se reía la gente.

Pasé el brazo derecho por encima de su hombro.

—Burl, eso está prohibido. No se puede abrazar a una chica mientras se conduce. ¿Y si nos atrapa alguno de sus patrulleros?

—Hará la vista gorda, por supuesto. Ahora hablemos de otra cosa.

—Bien, diga, Burl.

—¿Qué lleva para merendar?

Ella me miró asombrada durante unos segundos. Luego rompió a reír de nuevo. Yo la acompañé en sus risas.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales. —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] Iniciales de Very Important Person. Persona muy importante. <<